



## HISTORIA DE LA CIVILIZACION DE ARAUCANÍA

---

(Continuacion)

Oscuro aun, el gobernador sacó a campo abierto sus tercios, contra la opinion de sus capitanes, i formó su línea en unas lomas llamadas Petaco, paraje del departamento de Arauco cercano a Quiapo. Cuando en la mañana del 13 la luz del alba vino a alumbrar aquel magnífico escenario, los dos ejércitos ocupaban sus puestos, listos para acometerse.

Los españoles fueron los primeros en atacar. Los arcabuceros rompen el fuego, i el maestre de campo Cea carga con la caballería contra los escuadrones indíjenas, que por ser tan compactos, resisten el choque sin mucho esfuerzo. Los jinetes se desorganizan, pierden su cohesion, jiran a los costados i se retiran. Casi es una derrota.

El gobernador que seguía desde la retaguardia las incidencias del combate, se coloca al frente de ciento cincuenta jinetes de reserva, en su mayor parte capitanes reformados o sin empleos efectivos, i cae impetuosamente sobre los araucanos, que resisten sin desbandarse. De nuevo el jeneral ordena sus filas i da una segunda carga. Esta vez los indios retroceden i los primeros grupos van a dar a un pantano que los españoles llamaban de la

Albarrada, de esos que tan comunes son en la Araucanía; atóllanse ahí, i los demas, para esquivar el obstáculo, buscan salidas por los lados, sin orden i por cierto que sin mando.

A este incidente solo siguió la derrota de los araucanos, quienes, perseguidos por la espalda, iban cayendo muertos, heridos o prisioneros. Cerca de 800 indios perecieron en la pelea i como 580 quedaron en poder de sus vencedores, que no experimentaron mas bajas que algunos heridos.

Fué esta acción de armas la mas afortunada e importante de cuantas ganaron los españoles en el territorio de Arauco.

Concluida la batalla, volvió a sus cuarteles de Arauco la victoriosa tropa de Laso de la Vega, i siendo aun la mañana, oyó misa, asistió a una procesion i a un *Tedeum* que se cantó en gratitud de tan señalado favor del cielo.

Corrió la noticia hácia el norte, i al saberse en Santiago, el cabildo compró el mejor caballo de la ciudad i se lo mandó de regalo al gobernador.

Juntos con la noticia, llegaron al Perú sesenta prisioneros de la Albarrada; hubo regocijos públicos i ceremonias religiosas por la victoria i los indios se exhibieron con gran aparato en la plaza de Lima (1).

A pesar de todo, la batalla no habia sido decisiva, como lo imaginaba la jeneralidad. Repuestos de la derrota, principiaron a prepararse otra vez los araucanos para combatir a los invasores de sus tierras. Laso de la Vega reunió una division en el fuerte de Negrete i emprendió la marcha al sur. Llegó hasta Puren, Lumaco i Colpi sin hallar una resistencia formal. Desprendió del último lugar una fraccion de su fuerza para que hiciera una entrada hasta las ruinas de Imperial, pero tampoco esta partida halló enemigos con quienes pelear i se conformó con tomar algunos prisioneros. Despues de tan infructuosa campaña, el gobernador regresó a los cuarteles de la línea del Biobío en el mes de marzo.

No fué ésta la última campaña del gobernador contra los

---

(1) ROSALES, *Historia Jeneral*, libro VII, cap. XIV. — OLIVARES, libro VI, cap. XIX.

araucanos. Libre de ruidosas competencias con la audiencia que se oponía a que este funcionario sacara jente de Santiago para la guerra, salió en noviembre de 1631 en dirección al sur.

Entre tanto habían llegado a Concepción 240 hombres del Perú, i el maestre de campo Cea en correrías hechas por Ilicura había muerto en un encuentro al cabecilla Quenpuante (1).

En Yumbel alistó un ejército de 1,800 hombres entre españoles e indios amigos, i partió con él al sur hasta llegar mas allá de Lumaco. Desde aquí desprendió primero una división, al mando del sarjento mayor Fernández de Rebolledo que alcanzó hasta Imperial, i en seguida otra a las órdenes del maestre de campo Cea que cruzó el Cautín i se internó en las comarcas de su márjen austral. A las dos no opusieron los indios resistencia alguna. Con el mezquino resultado de talar siembras i rescatar unos cuantos cautivos, los dos volvieron al cuartel jeneral. Regresó el jeneral a los fuertes del norte en el mes de enero de 1632.

En el verano de este año practicó el ejército otra escursión a Ilicura i Puren, bien que una epidemia de catarro, acaso la influenza moderna, lo condenó a una forzada inmovilidad.

En los veranos de 1633 i 1634 renovó el gobernador sus entradas al territorio enemigo. Como huían los indios a su aproximación, arrasaba sin piedad los sembrados, reducía a cenizas las habitaciones i se apoderaba de cuanta persona i animal quedaban al alcance de su jente. Esta severidad contuvo las intentonas de algunos caciques para invadir el norte.

Después de estos sucesos militares, el gobernador se encontraba en pleno goce de una fama ilimitada de buen jeneral i del poder sin contrapeso de su autoridad. En tales condiciones sometió al rei un plan de pacificación definitiva, que consistía en fundar poblaciones en el territorio indijena i protegerlas con un ejército numeroso, que impidiera que las fracciones de araucanos se reunieran i formaran cuerpos mas respetables i densos.

---

(1) Algunos cronistas escriben este nombre *Quecupiantu*, que sería «sangrador del sol»; *quecupu* es un pedernal con que se sangraban los indios.

El estado afflictivo del tesoro real no permitió llevar a la práctica este proyecto que no desagradaba al monarca. Al contrario, Felipe IV dictaba una ordenanza el 14 de abril de 1633, en que renovaba la prohibición absoluta del servicio personal de los indios. Previas las deliberaciones que al respecto tuvieron la audiencia i las autoridades civiles i eclesiásticas, se decidió a dar cumplimiento a la orden real. Los encomenderos cuando llegó el momento de ponerla en vijencia, volvieron a encontrar medios evasivos.

A pesar de tener su salud quebrantada, el gobernador llevó a cabo otras dos campañas contra los araucanos. El 15 de enero de 1636 se encaminaba desde Concepcion, llevando 1,500 soldados, españoles e indios, hácia la rejion marítima. Llegó hasta Tirúa, sin conseguir que en parte alguna se presentaran los indios, que en esta ocasion, como en las anteriores, se habian corrido al sur.

Como aun no entraba la estacion de las lluvias, se propuso hacer otra entrada por el valle central. En los primeros dias de marzo partió del fuerte de Nacimiento i llegó hasta el rio que los españoles designaban Coipu, por el lado de Puren.

Otra vez tuvo que dar la vuelta sin hallar ninguna junta de indios, que huian a las espesuras de los bosques o a las quebradas de las montañas dejando los campos desiertos. En abril estaba de vuelta.

Al propio tiempo que el gobernador operaba por el valle central, habia dispuesto que el correjidor de Chiloé Pedro Sánchez Mejorada movilizara un cuerpo expedicionario, pasara con él al continente i siguiese al norte. Sánchez se adelantó hasta cerca de Osorno haciendo a los bárbaros de esa zona una guerra de esterminio i devastacion; pero al retroceder a Chiloé, se vió hostilizado por ellos i en serios peligros de sufrir un fracaso por lo insuficiente de su tropa.

Al comenzar el año de 1637. Laso de la Vega iniciaba otra campaña por el valle central. Antes de partir le llegó del Perú un escaso refuerzo de cien hombres, i ántes tambien de partir, uno de sus capitanes, Domingo de la Parra, habia obtenido un triunfo mui señalado en un hecho de armas que tuvo lugar el

12 de diciembre de 1636, en un lugar conocido con el nombre de la Angostura, a la orilla del Biobío i que dió por resultado la muerte de ochenta indios i el apresamiento de 23, entre los cuales se encontraba un cacique de fama ya conocida llamado Nauco-pillan (1).

El gobernador continuó su marcha hasta el paraje en que estuvo edificada la ciudad de Angol. Despues que se iniciaron los trabajos de reconstruccion de este pueblo con el nombre de San Francisco de la Vega de Angol, el capitan Santiago de Tesillo quedó encargado de traer a las familias que en años anteriores se habian ido estableciendo en las proximidades del fuerte de Yumbel. Con toda presteza se llevaron a cabo las obras de fortificacion de esta plaza militar, que estaba destinada a ser la puerta de la alta frontera, como Arauco lo era de la baja. Nombró las autoridades civiles i militares i regresó a Concepcion.

En 1638, cuando ya su enfermedad de hidropesía iba minando su organismo i la negativa de refuerzos, pedidos inútilmente, lo tenian decepcionado, emprendió su última campaña. Con su actividad i precauciones características, distribuyó su ejército por distintas rejones i empujó a los indios hasta el otro lado del rio Cautin.

En el otoño de este mismo año se incendió la naciente poblacion de Angol. Sin desanimarse, acude al lugar del contratiempo i antes que entre el invierno, consigue reparar los estragos del fuego. Habiendo concluido sus atenciones al respecto, emprendió viaje a Santiago, en el mes de julio; supo que el monarca le habia nombrado un sucesor i se trasladó a esperarlo a Concepcion. Era éste don Francisco López de Zúñiga, marques de Baides, caballero del hábito de Santiago i militar de distincion, que habia servido quince años en las guerras de Flandes. No contaba los cuarenta de edad cuando el rei lo nombró gobernador de Chile, por cédula de 30 de marzo de 1638 i por un período de ocho años.

---

(1) Tal vez Nagco pillan, agua del bajo de Pillan.

Al oscurecerse el 1.º de mayo de 1639 anclaba la nave en que venía López de Zúñiga en la bahía de Concepcion. A pesar de la hora intempestiva, desembarcó sin dilacion. Se produjo con este motivo en la ciudad un movimiento inusitado. Encendiéronse antorchas i luminarias, agolpóse el pueblo, formáronse las tropas i corrieron el gobernador cesante i el cabildo para recibir al nuevo mandatario. Los capitulares, las personas de nota del vecindario i las revestidas de dignidad civil o eclesiástica concurren a la sala del cabildo a presenciar el juramento del gobernador, que se efectuó con salvas de mosquetes i artillería.

Laso de la Vega con la salud mui quebrantada por la actividad sin descanso que habia desplegado durante su gobierno, salió de Chile i se fué a establecer a Lima, donde murió el 25 de julio de 1640 (1).

El marques de Baides pensó en expedicionar al territorio enemigo tan pronto como estuviera algo desocupado de las graves atenciones que lo preocuparon en los primeros meses de su administracion, tales como el establecimiento de la contribucion de alcabalas o impuesto sobre la transferencia de propiedades raices i mercaderías, que encontró en Chile grandes resistencias; la repoblacion de Valdivia i la antigua i aun no resuelta cuestion de obligar a los vecinos de Santiago a prestar sus servicios en el ejército del sur.

No era partidario de continuar las hostilidades en la forma enérgica i activa de su antecesor, pues los jesuitas gozaban de cierta influencia en su ánimo. Creia paliar su modo de pensar alegando que no existian las tropas i los elementos necesarios para dominar a los araucanos.

Antes de partir, imploró de los obispos Villarroel de Santiago, i Zambrano de Villalobos, de Concepcion, su mediacion ante Dios, la Virjen i los santos para que le concedieran éxito en su empresa. Como estandarte llevaba un guion con la imájen bordada de María, por un lado, i por el otro la de San Francisco Javier, a quien rendia veneracion de ardiente devoto.

Reconcentrada en Nacimiento una fuerte division de 1,700

---

(1) BARRROS ARANA, tomo IV, pág. 344.

hombres, partió desde este punto para el sur, i se adelantó hasta las orillas del Cautin. Ni un solo indio salió a incomodarlo en su marcha. Al contrario, luego entraron en pláticas amistosas con el gobernador, acaso iniciados por él mismo (1).

Regresaron los caciques emisarios de la paz a sus tribus, dispuestos a propagar entre las otras la conveniencia de entrar en un pacto de tregua o de amistad definitiva. El gobernador se trasladó a Concepcion resuelto a entablar nuevas jestioness de paz con los indios, estimulado en este propósito por su confesor el jesuita Francisco de Várgas. Casi todos sus capitanes fueron de opinion contraria; porque sabian por esperiencia que las promesas de amistad de los araucanos eran por lo comun falaces i poco duraderas i porque no podian ser unánimes los acuerdos de innumerables tribus que obraban sin union i sin dependencia unas de otras.

Desde esta ciudad escribió al rei disponiéndolo en favor de su sistema de agasajar a los indios i atraerlos por medios pacíficos. En efecto, atraídos muchos indios por sus ajentes, visitaron los fuertes i hasta llegaron a la ciudad de Concepcion, donde el gobernador los agasajaba con toda deferencia i les regalaba objetos de su agrado (2).

Los regalos que recibian i la expectativa de gozar por algun tiempo de cierta independencia, inducian a unas pocas tribus a una paz que no podian considerar sino como provisional. No obstante, los escritores jesuitas afirman que «Nuestro Señor» obró una serie de prodijios para «ablandar los duros corazones de aquellos rebeldes araucanos i moverlos a rendir las armas i tratar de las paces que ofrecieron». El primero fué la aparicion en Arauco de águilas reales, que poco ántes de la llegada de los españoles a Chile se habian visto tambien. El segundo fué la aparicion repentina, terrible i estruendosa de un volcan en las tierras del cacique Aliante, el Llaima, que vació sobre el rio Aillipen un torrente de lavas i cenizas que fueron a caer al caudaloso Tolten, cuyas aguas calentaron. Dos ejércitos se vieron

(1) ROSALES, *Historia Jeneral*, libro VIII, cap. I.

(2) ROSALES, *Historia Jeneral*, libro VIII, cap. IV.

en el aire, uno del lado del territorio de los españoles i otro del de los indios; el primero, que mandaba un capitán montado en un caballo blanco, el apóstol Santiago, venció al segundo. Por último, el temblor de tierra producido por la erupción precipitó sobre la laguna de Villarrica una enorme mole de cerro que hizo desbordarse las aguas e inundar los campos vecinos. Un árbol perfectamente derecho i ardido se deslizaba por encima del agua, «i en su seguimiento una bestia fiera, llena de astas retorcidas, la cabeza dando espantosos bramidos i lamentables voces»: era el animal de la Apocalipsis de San Juan (1).

El gobernador se resolvió, pues, a ejecutar otra entrada al territorio araucano para celebrar con los indios un tratado de paz. Para dar a este acto la mayor solemnidad posible, espidió un decreto que se publicó por bando en todos los centros poblados del país, en el cual ordenaba que los vecinos encomenderos i otros moradores se presentasen a Concepción el 15 de diciembre, para que asistieran con él al parlamento. Los jesuitas, por su parte, rodearon esta expedición de cierto aparato i colorido místico, que mas parecía empresa religiosa que militar.

Las tropas comenzaron a subir escalonadas desde la ciudad de reunión hácia Nacimiento. El marques ántes de partir «hizo oracion en la catedral al Santísimo Sacramento i en su capilla i ermita a Nuestra Señora de las Nieves, imájen de grande veneración i milagros. El 18 de diciembre de 1641 partió para Naci-

---

(1) OVALLE, *Histórica relacion*, tomo II, páj. 158.— Cree el señor Barros Arana que esta erupción debió ser del volcán Villarrica. En realidad no puede haber sido sino del Llaima. El río Aillipen, que nace de la cordillera, queda a bastante distancia del volcán Villarrica i en cambio pasa, entre otras corrientes, como a ocho kilómetros del Llaima. Además las cenizas de este último cuando está en actividad, van a caer al Aillipen, al riachuelo Truf-truf i a los afluentes del Quepe. Por último, en los alrededores del volcán se ven todavía indicios de una colosal erupción. Existen depósitos de lavas en varios parajes; uno hai a las orillas del río Captren, que nace de la sierra Nevada i contribuye a formar el Cautin. En la dirección del primero se observa también una hondonada como antiguo lecho del río i que indudablemente lo ha sido de un aluvion originado del volcán. De éste se deriva, sin duda, el nombre de Llaima, porque *Yaima* quiere decir zanja, acequia.

miento, acompañado de su capellan mayor i de los capitanes reformados i caballeros ofrecidos, i de algunos religiosos de la Compañía de Jesus que quiso llevar consigo por sus confesores i capellanes i para que hiciesen las partes de la conquista espiritual de las almas» (1).

En este primer punto de su itinerario el gobernador disponia de 1,376 españoles i 940 indios auxiliares. Con este ejército se trasladó a Angol i de aquí siguió viaje al sur por el camino del este de la cordillera de la costa. Cuando el ejército llegó a Curalava, sitio en que pereció el gobernador Oñez de Loyola, celebráronse unas exequias solemnes por el descanso de las almas de los españoles que sucumbieron en la sorpresa (2).

Estaba convenido entre los caciques i el gobernador que las paces tuvieran lugar en el punto descampado i céntrico de la frontera, que los españoles llamaron *Quillin* i que ahora se denomina Quillem. Encerrado entre los rios Perquenco i Quillem, i aun al norte de la primera de estas corrientes, se dilata un llano estenso de suaves ondulaciones i cubierto a trechos por manchas de bosques. En la actualidad está dividido en fundos feraces.

El 6 de enero de 1641 uno i otro bando se encontraban en el lugar señalado. Los dos se manifestaban recelosos de las seguridades que podia hallar en la otra parte contratante. Primeró cuatro indios pasaron al campo araucano a sembrar la desconfianza diciendo que los españoles preparaban una sorpresa. Fué necesario que el gobernador disuadiera a los caciques de la falsedad de tal aseveracion. Otra vez se presenta al gobernador un indio que le reveló que hai un plan de asechanza para el dia del parlamento. Los araucanos, como prueba de inexactitud de lo que se afirmaba, «llegaron al marques a pedir les entregase

(1) OVALLE, *Histórica relacion*, tomo II, páj. 162.

(2) El jeógrafo don Francisco Solano Asta-Buruaga coloca este pasaje en un pequeño valle del riachuelo Guadava, que desagua en el Puren. Ingenieros conocedores de la Araucanía opinan lo mismo. En cambio, otros escritores creen que ese sitio se encuentra un poco mas al sur, a orillas del rio Lumaco. La verdad es que toda esa comarca se llamó en la conquista «levo de Curalava», que tenia al este, cerca del Rehue, el de Curape i al norte los de Guadava i Nininco.

este malhechor i enemigo del bien comun, porque querían levantar en sus lanzas (como suelen para sus ejemplares castigos), pero su señoría los sosegó, pidiéndoles le perdonasen».

Antes de principiar la ceremonia, como medida de precaución, el gobernador hizo ocupar algunas posiciones estratégicas que cortaban la retirada a los araucanos. Levantóse un murmullo entre los soldados españoles, que se manifestaban deseosos de atacarlos. Unos decían: «estos indios son jentes sin palabras ni fé, ni dellos se puede esperar permanencia en lo que prometen: demos en ellos, decían otros: de los enemigos los ménos. Otros: pase la palabra a los indios amigos para que les embistan, i otras cosas semejantes, que no dieron poca pena i cuidado al marques» (1).

En seguida los españoles ofrecieron a Dios todas las misas que se dijeron en este día por el éxito de las paces. A continuación salió el gobernador a recibir a los indios con ciento cincuenta capitanes reformados, todos con armas blancas. Juntos avanzaron a una gran ramada hecha para el objeto. Formaban sesenta i cinco caciques, entre los cuales figuraban como jefes de mayor nombradía Lincopichon, Antehuenú, Liencura, don Antonio Chicahuala, hijo de señora española, i Guaquillauquen. Antes de llegar, los españoles simulaban una carga i todos despues se desmontaron en el sitio en que iba a verificarse el acto. Quedó una guardia con las mechas encendidas para prevenir cualquiera sorpresa (2).

Ocupó el marques de Baidés su lugar de preferencia i habló al concurso de indíjenas por intermedio del intérprete jeneral i capitán don Miguel de Ibancos. Adelantóse el cacique Antehuenú con una rama de canelo (*drymis chilensis*) en la mano i pronunció algunas frases alusivas a la ceremonia, hizo traer un *hueque* o *chilihueque*, que mató uno de los caciques principales con su macana. Este acto se fué repitiendo hasta enterar veinte

(1) OVALLE, tomo II, páj. 165.

(2) Lincopichon, pluma de soldado; Antehuenú, alto del sol; Liencura, piedra blanqueada; Chicahuala, pato centeno; Guaquillauquen, mollera de cuero.

de estos animales. Les sacaban el corazón i rociaban con la sangre el canelo, que tenía en las manos Antehuenú. Luego después sentáronse alrededor de los animales muertos i varios caciques pronunciaron sus largos discursos o *huenupin* en estilo de *collag*. Las bases del convenio consistieron en que los indios conservaban una independencia completa i no podían ser atacados en sus dominios ni reducidos a la esclavitud. En cambio, quedaban obligados a devolver los cautivos españoles que retenían en su poder i a permitir la entrada a sus tierras de los misioneros. Por último, reconocían en abstracto la soberanía del rei de España i se obligaban a combatir a su favor cuando se tratara de una invasión del territorio por extranjeros.

Al terminar la ceremonia mataron otros *hueques*, se repartieron sus corazones i enterraron algunas armas.

Siguió a esta parte final el acto del trueque de objetos. Los indios regalaron a los españoles, aves, corderos i frutas, en cambio de ropa, chaquiras, listones o cintas, añil i otras bagatelas (1).

¡Admirable constancia de los araucanos para defender su suelo i conseguir su independencia después de un siglo de rudo batallar! Ejemplo igual no presenta ninguna otra de las ramas de la raza americana.

Para las armas españolas este pacto significaba una humillación i por consiguiente una vergüenza. Errores capitales habían venido retardando el sometimiento de los araucanos desde la conquista. Primero Pedro Valdivia disemina poblaciones aisladas en el territorio de Arauco, los gobernadores que le suceden sostienen el sistema de guerra anual o *campeadas* en el verano, i el padre Valdivia establece el defensivo, que hace retroceder la línea de frontera. Con el tratado de paz del marqués de Baides quedaron los indios dueños de su libertad i de su territorio, entregados a la barbarie de sus costumbres i en condición de rehacer su población disminuida por las epidemias i una lucha secular.

---

(1) OVALLE, tomo II, cap. IX.—ROSALES, *Historia Jeneral*, libro VII, cap. IV.—BARROS ARANA, tomo IV, pág. 363.

El gobernador siguió de Quillin al interior i fué a detenerse a las ruinas de Imperial, punto en que mandó celebrar unas exequias por los muertos en esta ciudad i exhumar los restos del obispo Cisneros. Por último, ordenó evacuar la poblacion de Angol. En Febrero de este mismo año de 1641 estaba de vuelta en Concepcion.

Tanto el marqués como los jesuitas escribieron al rei acerca de las paces de Quillin, las que presentaban exajeradamente como mui ventajosas para los intereses i tranquilidad del pais. Solo en el año 1643 prestó el monarca, por real cédula, su aprobacion a lo obrado por el gobernador.

Un año hacia que la paz no se alterabà. Los indios vivian tranquilamente entregados a sus prácticas i al cultivo de sus tierras; pero ántes del año comenzaron a llegarle al marques algunas noticias alarmantes que, disipando la ilusion que mantenía sobre el particular, le causaron un cruel desengaño. Acostumbrados a la guerra, los belicosos montañeses de las faldas orientales de Nahuelvuta se preparaban para abrir las hostilidades ofensivas. Ordenó la prision de algunos caciques promotores de este nuevo movimiento i que se acercaban a los fuertes como amigos. Cayeron en manos de los españoles el famoso cabecilla Vutapichon i el fautor de las paces de Quillin, Lincopichon. Las investigaciones practicadas dejaron en descubierto la complicitad de estos caciques. Los capitanes opinaron que se les condenara a muerte i los jesuitas que se les perdonara i tratase con benignidad; López de Zúñiga optó por el último temperamento.

Para alejar todo peligro quiso ejecutar otra entrada a la tierra. Moviò su ejército desde Yumbel en el mes de Enero de 1643, i llegó hasta cerca de la Imperial. Los indios que practicaban sus cosechas le salieron de paz, ménos los montañeses de las faldas de Nahuelvuta. Dispuso correrías contra ellos, rescató algunos prisioneros i regresó a Concepcion en febrero; él i sus allegados dieron a esta escursion las proporciones de un éxito halagüeño, que celebraron con fiestas relijiosas.

Pensó entonces en dejar el mando, pero un acontecimiento de los que se consideraban por las autoridades españolas de

mas trascendencia que la guerra de Arauco, lo retuvo en el gobierno que le habia confiado el rei.

En el mes de abril de 1643 apareció en el Pacífico una escuadra holandesa. En noviembre de 1642 salió del puerto de Texel con rumbo al Brasil una escuadrilla de tres naves, que mandaba el esperto marinó Enrique Brouwer, i otras embarcaciones que llevaban distintos derroteros.

Brouwer llegó a Pernambuco en diciembre de este año. En el Brasil sostenia una porfiada guerra el príncipe Mauricio de Nassau para mantener las posesiones holandesas.

El príncipe apoyó la expedición, que tenía por objetivos fundar algunos establecimientos en las costas occidentales de América e incitar á los indios i los colonos a la rebelion contra España.

Se reforzó en Pernambuco la flota con dos buques mas i algunos hombres de desembarco, que ascendieron así a trescientos cincuenta. Aprovechada convenientemente, se hizo a la vela para los mares australes en la mitad del mes de enero.

Con vientos contrarios del norte, con el peligro de un mar cubierto de témpanos de hielo i que obligaron a retroceder a uno de los buques, consiguió doblar el continente i penetrar al Pacífico. Un viento sur favorable la arrastró a las costas de Chile.

El 30 de abril estuvieron a la vista de Chiloé, i el 1.º de mayo se acercaron a tierra. Reconocieron el canal que separa la isla del continente i fondearon en un puerto que entonces tenia el nombre de Ingles. El 16 de mayo desembarcó una compañía de infantes el mayor Blaëuwbeeck, ocupó algunas casas abandonadas e hizo rétroceder a los españoles a los bosques vecinos, habiendo perdido solamente un soldado, que tomaron prisionero por haberse alejado de la tropa. En seguida se dirigió a la costa del continente i atacó el fuerte de Carelmapu. La guarnicion, compuesta de sesenta hombres, lo abandonó. Los holandeses la persiguieron, i en un bosque cercano le dieron alcance i la derrotaron, con pérdida para los españoles de seis hombres, entre los cuales se contaba el capitán i correjidor de Chiloé Andres Muñoz Herrera.

Después de estos ataques, la escuadra hizo rumbo a Castro, adonde llegaba el 5 de junio. Al día siguiente, el mismo mayor saltaba a tierra con toda la jente disponible. Habíase puesto al frente de unos cien españoles el antiguo encomendero don Fernando de Alvarado, hombre tranquilo e inadecuado por su edad para este jénero de ocupaciones. Al avanzar los holandeses sobre la ciudad, la tropa i los habitantes la evacuaron i huyeron a ocultarse a los bosques inmediatos, incendiando ántes algunos edificios i sacándoles a otros el techo.

Reembarcáronse los holandeses i la escuadra hizo rumbo al norte. Iba tocando en las islas que encontraban a su paso i recojiendo de ellas abundantes provisiones. El 11 de julio llegaba a Carelmapu. Los trabajos de la navegacion habian enfermado gravemente a Brouwer, quien, como al mes, falleció en el fuerte en medio del dolor de su jente. Tomó el mando de la escuadra el segundo jefe, Elías Herckmans.

Los holandeses, siguiendo las instrucciones del almirante recién muerto, se prepararon para trasladarse a Valdivia. Los indios, tan pronto como se penetraron que eran enemigos de los españoles, se hicieron sus aliados i les dieron toda clase de facilidades durante su permanencia en esos lugares. Temiendo las represalias que aquéllos pudieran tomar, solicitaron embarcarse. Los holandeses admitieron a bordo a 470, de todas edades i sexos. El 23 de agosto los buques holandeses llegaban a la desembocadura del rio Valdivia. Dos lograron remontar la corriente i fondear frente a las ruinas de la antigua ciudad.

Continuaron las amistosas relaciones de los indios con los holandeses. Otros caciques de mas al interior se presentaron a ofrecer su alianza i a practicar algunos cambios de objetos. Hubo dos parlamentos en que los indios convinieron en suministrar víveres a los holandeses i ayudarlos en cuanto les fuese posible.

Herckmans principió los trabajos de cuarteles i fortificaciones, que debian servirle de base para sus futuras operaciones.

Como todo marchaba a la medida de sus deseos, despachó para Pernambuco a uno de sus tenientes para dar cuenta del éxito de la espedicion i solicitar auxilios de elementos i de hombres, con los cuales se forjaba el fantástico proyecto de dominar

a Chile e invadir al Perú. Gran regocijo hubo en el Brasil con tan plausible noticia.

Presto el desengaño vino a despertarlo de su sueño. Los indios, al convencerse de que trataban de establecerse a firme en sus tierras, se tornaron en desconfiados i trataron hasta de armar emboscadas a sus amigos de la víspera. La desconfianza creció cuando oyeron hablar de oro a sus aliados, i todos los horrores sufridos con los españoles por la estraccion de este metal, vinieron a su memoria.

Los víveres escasearon entónces en el campamento holandes i el hambre se dejó sentir entre los soldados, algunos de los cuales desertaron. Previendo un fracaso completo, Herckmans, de acuerdo con sus oficiales, izó las velas i tomó rumbo hácia el Brasil.

El 28 de diciembre llegaba sin novedad a Pernambuco. Un descontento jeneral se dejó sentir con este regreso inesperado; Nassau se enfureció, i a no haberle sorprendido la muerte a Herckmans, habria salido mal en este trance. No pensaron los holandeses despues de este resultado volver a Chile (1).

El pánico estalló en la colonia con la noticia del arribo de los holandeses. El correjidor Alvarado la habia comunicado al gobernador, i éste al virrei. El marques de Baides mandó fortificar a Concepcion i apresuradamente levantó un ejército en Santiago de todos los hombres aptos para el servicio militar. Trascurrieron varios meses i partieron varias comisiones del Perú i de Santiago para inquirir la verdad del suceso, i nada se supo con exactitud. Por fin, el gobernador despachó a Valdivia, desde Concepcion, un barco tripulado con infantería, bajo las órdenes del capitan Juan de Acevedo. Tímidamente entró al rio en mayo de 1644, i puesto al habla con los indios, supo todo lo sucedido. Dió la vuelta a comunicar los pormenores recojidos al marques. Con estos antecedentes se trasladó a Valdivia en seguida el capitan don Alonso de Mujica, a cargo de una fragata i de la fuerza necesaria. Desembarcó este militar i vió las

---

(1) BARROS ARANA, tomo IV, cap. XI.—ROSALÉS, tomo III, páj. 228.

construcciones demolidas de los holandeses. Habian éstos enterrado a Brouwer en Valdivia. Mujica hizo exhumar i quemar su cadáver por hereje. Obtuvo de los indios la entrega de cuatro prisioneros holandeses i regresó a Chile i luego al Perú.

El virrei don Pedro de Toledo i Leiva, marques de Mancera, se decidió a poblar la plaza de Valdivia para prevenir futuras invasiones de los enemigos de España. Equipó una escuadra poderosa de doce galeones, que tripuló con 1,800 hombres, entre oficiales, soldados, marineros i artesanos. Estas naves iban armadas de 188 piezas de artillería; con 45 de estos cañones se fortificaría la plaza. Mandaba la espedicion el hijo del virrei, don Sebastian de Toledo i Leiva. El 31 de diciembre de 1644, estos buques levaban sus anclas en el Callao i navegaban hácia el sur. El 6 de febrero de 1645 llegaban al término de su navegacion.

Miéntas tanto el gobernador habia marchado por el camino de la costa para el mismo punto. Abriéndose paso con las armas en la mano por entre los indios alzados, llegó hasta el Tolten el 9 de febrero; mas, por no tener noticias de Valdivia, en la incertidumbre de no encontrar a Toledo i temiendo los ataques de los bárbaros, contramarchó a Concepcion, lo que le mereció una dura desaprobacion del virrei.

A pesar de las fuerzas formidables de que disponia, no ejecutó el jefe de la espedicion obra de mucho provecho. Luego que se iniciaron los trabajos de fortificacion, designó como gobernador de la plaza al maestre de campo Alonso de Villanueva Soberal, le dejó 900 hombres, las armas i los recursos que necesitaban i tomó rumbo para el Callao el 1.º de abril.

La viruela diezmo esta guarnicion i entre sus víctimas se contó el mismo Villanueva Soberal. Retardóse con esto la repoblacion de la ciudad (1).

No fué la presencia de los holandeses en el sur de Chile la última calamidad que perturbó el ánimo del marques gobernador. En el otoño de 1645 se desencadenó una terrible epidemia de viruelas sobre la ciudad de Santiago. Como las autoridades

---

(1) ROSALES, libro VII.

del pueblo no conocian regla alguna de hijiene ni de profílaxia, recurrieron a los medios sobrenaturales, a la intervencion de los santos. Celebráronse en marzo rogativas en la iglesia de la Merced, de donde se sacó en procesion a San Sebastian, protector de los apestados. La epidemia solo declinó con el invierno.

Agregóse a esto otro suceso que ajitó violentamente los ánimos i dió mucho que pensar a las autoridades:

Felipe IV ordenó por real cédula de 1643 que todas las ciudades de las Indias tomaran por abogada a la vírjen María, bajo la advocacion que mas les agradara. El cabildo se reunió solemnemente i elijió a la vírjen del Socorro, venerada en San Francisco desde la conquista, por siete votos contra tres que obtuvo la de Mercedes. Los de la audiencia i el obispo desconocieron esta eleccion i designaron por su parte a la vírjen de la Victoria, en honor de la cual hubo suntuosas fiestas en la Catedral. Apartáronse mas i mas las opiniones, hasta que se sometió la diverjencia a la resolucion del rei; la ciudad quedó al fin con dos protectoras.

El 8 de mayo de 1646 llegó a Concepcion el maestre de campo don Martin de Mujica, que venia a suceder a López de Zúñiga. Retenido éste algunos meses por el juicio de residencia, se trasladó despues al Perú, pais en que vivió otros diez años. En 1656 se embarcó para España con su familia, pero asáltadas las naves que hacian el viaje por una flota inglesa, pereció en el combate.

Los indios a todo esto no cejaban en sus propósitos de combatir a los españoles. Seguian haciendo correrías, robando, mántando i celebrando juntas. En 1645 la guarnicion de Arauco sorprendió algunas tribus del lado de la costa i les ocasionó graves destrozos. Habian hostilizado sobre todo al capitan Jil Negrete en Valdivia, que pretendia repoblar la ciudad.

El gobernador entró en Concepcion en tratos de paz con los indios i despachó a la tierra con este objeto al veedor jeneral don Francisco de la Fuente Villalobos, hombre anciano que gozaba de popularidad entre aquéllos. Llegó este comisionado hasta Valdivia, i mediante sus dilijencias los bárbaros de esa

comarca consintieron en que el capitan Negrete pasara de la isla Mancera a repoblar la ciudad.

El maestre de campo salió tambien de Arauco, alcanzó hasta Tucapel i trazó una nueva poblacion en la misma loma en que estuvo el fuerte histórico del mismo nombre, es decir, un poco al noreste de la confluencia de los riachuelos Tucapel i Leiva, que forman el Peleco, i no distante del pequeño lomaje en que los araucanos derrotaron a Pedro de Valdivia. Como complemento de esta poblacion se estableció un fortin en Lebu.

Fruto de la mision de Francisco de la Fuente fué el segundo parlamento de Quillin. El gobernador Mujica se movió en el mes de febrero de Concepcion a aquel lugar con el grueso de su ejército i mil indios amigos. El 24 se encontraba en Quillin, adonde concurrieron igualmente muchos caciques araucanos.

Con anterioridad al acto, se dijo una misa con toda la solemnidad que el caso requeria. Siguiéronse los pormenores que los indios habian ejecutado en el parlamento anterior. Los puntos capitales del tratado eran que los indios deberian permitir el libre tránsito entre Concepcion i Valdivia, la residencia en cada tribu de un capitan que vijilase sus juntas i borracheras, la entrada de misioneros i la construccion de las poblaciones i fuertes que fuesen necesarios. En cambio, ellos quedaban en completa independencia i sin sujecion a ningun trabajo personal, sino el que por su voluntad i mediante una remuneracion quisieran hacer.

Este tratado, como el anterior, no podia ser durable ni sincero: los indios, falaces por su mismo estado de barbarie, no lo respetarian sino hasta cuando les conviniera. En efecto, desde dias ántes del parlamento, tres caciques tramaban una conspiracion contra los españoles. Descubiertos, Mujica los hizo ahorcar en el mismo campo de Quillin, obligándolos a confesarse previamente i celebrando misas solémpnes por el descanso de sus almas; lo que era en verdad una contradiccion, un sarcasmo propio de esos tiempos.

Sin respetar lo convenido, los indios siguieron en sus deprecaciones acostumbradas; a las que agregaron ahora el asalto de

los españoles que traficaban de Concepcion a Valdivia i los ataques a esta última ciudad, rechazados por el capitán Jil Negrete.

En 1648 el gobernador Mujica preparó una campaña mas seria que todas las anteriores. Libre de los trabajos administrativos i de las múltiples atenciones que le impuso el terrible terremoto del 13 de mayo de 1647, se trasladó de Santiago a Concepcion. Formó dos divisiones, una que se movilizaria por la rejion de la costa i otra por el valle central, para reconcentrarse en Lumaco i avanzar hasta Valdivia. En los fuertes quedó una escasa guarnicion. El 1.º de enero del año citado se puso al frente de la primera i marchó al sur; pero solo alcanzó a llegar hasta Tucapel, porque una enfermedad de gota lo postró hasta el extremo de verse obligado a volverse a Concepcion.

No queriendo diferir la campaña, encomendó su direccion al maestro de campo Fernández Rebolledo. Movié éste sus tropas hasta Boroa, i en el lugar en que estuvo el antiguo fuerte reedificó cuarteles, defensas i graneros. Dotó esta fortificacion de un destacamento de ochenta i tres soldados de caballería, armas, víveres i dos capellanes i regresó al fuerte de Nacimiento.

Ponderaron al gobernador los jesuitas el resultado de sus trabajos espirituales i la disposicion de los indios para aceptar el bautismo. Creyendo Mujica en tal error, les envió el orijinal regalo para los bárbaros de dos mil rosarios.

Los indios aparentaron únicamente cierta tranquilidad cuando vieron invadidas sus tierras por un ejército respetable; mas, en cuanto cesó esta amenaza, ajitáronse en todas partes. Los de Boroa, Valdivia i Osorno, atacaban aisladamente a los españoles cuando se les presentaba una oportunidad favorable.

En mucha parte contribuía a mantener vivo tal estado de rebelion, la guerra de esterminio que les hacian sus enemigos. Los capitanes de los fuertes provocaban estos ataques o ejecutaban correrías a las tribus alzadas, con el esclusivo objeto de tomar «piezas» o esclavos. Además, el gobernador dió orden para que se degollase a todos los indios de mas de quince años que hallaran con las armas en las manos i fueran de los que habian dado la paz. Esta autorizacion se estralimitó, por cierto,

hasta producir abusos i matanzas execrables, que en lugar de inducir a los araucanos a someterse, los arrastraban al odio eterno. Tuvo que reconsiderarla i mandar de jefe de la fuerza de Boroa al jeneral Ambrosio de Urra, con instrucciones que debian poner término a los horrores que se estaban cometiendo.

En el año 1649 los indios del sur se mostraban en una actitud mas resuelta. El 24 de diciembre emprendieron un ataque los de la comarca de Valdivia contra un fuerte cercano a la plaza, mandados por un soldado desertor; mataron a varios individuos que lo guarnecian; tomaron prisioneros a otros i redujeron a cenizas las empalizadas. Otra partida sorprendió a un padre jesuita i a las personas que lo acompañaban.

El maestro de campo don Alonso de Córdoba i Figueroa, viejo luchador de las guerras de Arauco, habia sucedido interinamente al gobernador Mujica, fallecido en abril de 1649. En vista de la efervescencia creciente de los indios, se trasladó al teatro mismo de la rebelion, donde hacia lo posible por ahogarla dentro de sus límites todavía no mui estensos. El capitán don Ignacio de la Carrera Iturgóyen, gobernador de Chiloé, secundaba su accion por el sur. A principios del invierno de 1650 desembarcó en Carelmapu con una division, i emprendió una difícil campaña hácia la zona de Osorno.

En tal situacion se hallaba la frontera cuando llegó a Concepcion, el 4 de mayo de 1650, don Antonio de Acuña i Cabrera, gobernador que el virrei del Perú enviaba a tomar el mando en reemplazo de Mujica.

Era este sujeto un militar veterano que residia en el Perú. Debido a las influencias de un tio, que habia sido secretario de Felipe IV, consiguió el cargo de correjidor de un pueblo del virreinato i en seguida el de maestro de campo del Callao i el hábito de la órden de Santiago.

Sus méritos militares eran bien escasos, aun cuando habia servido en las guerras de Flándes; no a ellos, sino al valer de sus parientes en la corte, debia las consideraciones de que disfrutaba en el Perú.

Luego que se le designó para gobernador interino, organizó

una compañía de infantería española, con la que se embarcó para su destino en el mes de marzo de 1650.

Desde el primer momento de su arribo a Chile se lisonjeó con la idea, comun a todos sus antecesores, de que a él le iba a corresponder la honra de llevar a cabo la pacificación total. Habíanle sujerido esta ilusión los padres jesuitas, quienes le aconsejaron además que pusiera en libertad a los indios prisioneros i prohibiera las «malocas» o entradas a las tierras. Mas se robusteció esta persuasión cuando supo que indíjenas de las comarcas de Callecalle i Osorno i aun los de Chiloé, practicaban algunas gestiones de paz.

Despachó sin dilación al veedor Francisco de la Fuente i Villalobos al interior de Arauco a convocar a todas las tribus a un tercer parlamento.

Fiel a este plan de reducción, desaprobó una correría que hizo el capitán Luis Ponce de León, al otro lado de la cordillera, a las tribus de los puelches, i comisionó al padre Diego Rosales para que se trasladara a esos apartados lugares i restituyera a sus hogares a cuarenta i cuatro cautivos que había aprisionado para venderlos como esclavos. El padre Rosales cumplió este encargo, partiendo desde Boroa en el verano de 1650 i regresando en el mes de enero de 1651.

El parlamento debía tener lugar en Boroa. Luego que pasó la primera quincena de enero, los indios principiaron a reunirse en esta comarca, situada casi en una parte central del territorio indígena. Desde Nacimiento comenzaron a moverse las divisiones al sur. Vistióse el gobernador de incógnito, eligió seis de sus oficiales de confianza i poniendo caballos de remuda en un punto conveniente, partió a Boroa a todo galope. Sin accidentes en el camino, llegó inopinadamente al sitio de la reunión, en medio de la sorpresa que a todos causó este rasgo de audacia. El 24 de enero se verificó el parlamento. Renováronse el ceremonial i las promesas recíprocas de los anteriores. Eso sí que en éste el gobernador trató de sacar mayores ventajas, como la de comprometer a los indios a trabajar en las fortificaciones, renunciar el uso de las armas i vivir pacífica i cristianamente con sus familias. Los araucanos, que deseaban ganar tiempo

únicamente, no pusieron reparo a cuanto se les pedia: lo habrían concedido todo.

Al día siguiente del parlamento, el gobernador repitió el acto de arrojo, en un viaje a Valdivia, de poco ántes: acompañado solo de diez hombres llegó a aquella plaza. A continuación de haber visitado los fuertes, dió la vuelta a Boroa, i de aquí con sus tropas a Concepcion.

En Santiago se recibió la noticia del parlamento de Boroa como la terminacion de la guerra de Arauco, i para celebrar tan feliz acontecimiento hubo fiestas relijiosas, preparadas por los jesuitas.

Las paces recién celebradas dispusieron la opinion en favor del gobernador, al cual recibió pomposamente el vecindario de Santiago el 30 de marzo de 1651.

Pero la ilusion del sometimiento de los indios habria de disiparse bien pronto. No salía aun Acuña i Cabrera de los límites del territorio araucano cuando los indios tomaban de nuevo su actitud hostil, anterior al parlamento. El jefe de la plaza de Valdivia se vió en la precision de pasar con las armas en la mano i hasta de salir a algunas correrías. No fué esto lo mas grave. El gobernador habia despachado a Valdivia, ántes de irse al norte, una embarcacion que conducia tripulantes i setenta mil pesos del situado en ropa, mercaderías i monedas. Vientos impetuosos del norte lo arrastraron por lo largo de la costa hasta frente de la antigua ciudad de Osorno, donde se destrozó.

Algunas personas murieron en el naufragio i las mas salieron a la playa. Aquí se ocupaban en salvar las mercaderías cuando se vieron rodeados de repente por numerosos grupos de los indios llamados cuncos, que habitaban al sur del rio Bueno. Con intenciones pacíficas al principio, se ofrecieron a ayudarles en su tarea i aun a conducirlos a Valdivia; mas, aguijoneados acaso por el botin que tenían a la vista, los acometieron cuando ménos lo esperaban, los asesinaron a todos, robaron cuanto pudieron i corrieron a ocultarse a sus chozas, para no llamar la atencion; lo que no impidió que llegara a los fuertes españoles la noticia de lo sucedido.

Una indignacion profunda causó en todo el pais esta fiereza

bestial. El gobernador se dispuso a castigarla de un modo sangriento i ejemplar i mandó preparar a la guarnicion de Boroa una maloca contra los indios cuncos, pero los padres jesuitas Diego de Rosales i Juan Moscoso desarmaron su brazo, escribiéndole que no provocara una revuelta jeneral con el castigo de un hecho aislado.

Pidió tambien el gobernador la opinion de los oidores de la real audiencia, quienes, aunque no eran partidarios de las malocas que no tenian otro fin que tomar piezas o cautivos, estuvieron esta vez por el castigo de los indios cuncos. En consecuencia, Acuña i Cabrera ordenó que salieran los gobernadores de Chiloé i Valdivia en espedicion contra los asesinos de los náufragos, pero esclusivamente contra ellos i nadie mas. Les señaló el rio Bueno como punto de reunion.

Don Ignacio de la Carrera Iturgóyen desembarcó en Carelmapu su jente, en noviembre de 1651 i avanzó al norte. El capitán don Diego González Montero salió de Valdivia con doscientos hombres i se internó al sur. El primero llegó hasta la comarca de Osorno, donde las indiadas, impotentes para resistirle, lo recibieron de paz i le entregaron a tres caciques autores del asesinato de los náufragos. Condenados a muerte, sufrieron la pena del garrote i sus miembros descuartizados se fijaron en postes en los campos para escarmiento de los demas. Despues de recibir de los indios la promesa de mantenerse quietos, regresó a Chiloé. González Montero, ménos afortunado que el anterior, no solamente no logró obtener el apoyo de los indios, como estaba convenido, sino que se vió estraviado en su marcha, debido a la malicia de los guias. Su accion se redujo en tal caso a difíciles correrías que tuvo que suspender por el agotamiento de los vivos. Contramarchó a Valdivia, i al llegar a esta plazá se encontró con la sensible nueva que los indios habian asesinado en la costa a doce soldados, cuyas cabezas repartieron entre varias tribus para incitarlas a tomar las armas (1).

Acumulábanse, pues, circunstancias que podian producir un formidable estallido.

(1) ROSALES, *Historia Jeneral*, libro X, cap. X i XI.

Entretanto, el gobernador se encontraba sumido en una perplejidad estemporánea. Dos corrientes encontradas trabajaban su cerebro: de un lado el consejo de los jesuitas, que habían adquirido una marcada influencia política, para que mantuviera la paz, i de otro algunos miembros de su familia para que hiciera una guerra mas activa i lucrativa para ellos. Entre estas personas se contaban su esposa doña Juana de Salazar i sus cuñados don Juan i don José de Salazar, a quienes había hecho, respectivamente, sarjento mayor i maestre de campo. Ambos tenían el propósito de enriquecerse cuanto ántes a la sombra del prestigio del gobernador i con las granjerías de sus puestos, especialmente con la venta de indios esclavos.

En el mes de enero de 1651 se hallaba en Concepcion. A principios de 1653 le llegaba su nombramiento en propiedad por el término de ocho años. Este hecho activó los consejos de sus deudos para decidirlo a la guerra lucrativa.

Se resolvió al fin a emprender una campaña eficaz. Equipó una division de novecientos españoles i de mil quinientos indios auxiliares i la puso bajo las órdenes de su cuñado Juan de Salazar. El objetivo eran los indios cuncos.

El cuerpo espedicionario salió de Nacimiento en el verano de 1654, atravesó todo el territorio araucano sin ningun contratiempo i llegó el 11 de enero de 1654 a orillas del rio Bueno. Desde su márjen izquierda se estendian las tierras de los indios cuncos, que no habían huido, como sucedia de ordinario con otras tribus, a la aproximacion de los españoles; ántes bien, acechábanlos a la orilla opuesta del rio.

Salazar no vaciló un momento. Hizo construir balsas que, amarradas unas en pos de otras con sogas de cáñamo i de juncos, formaron un puente. En vano los capitanes le hablaron de la fragilidad de esa construccion i del peligro en que se verian los primeros soldados que pasaran. No atendió estas objeciones i dió la órden de pasar; muchos soldados se confesaron ántes de hacerlo.

Cerca de doscientos hombres, entre españoles e indios auxiliares, habían conseguido pasar cuando llegó un cuerpo mui superior de bárbaros i los acometió por todos lados. La lucha se trabó en condiciones desastrosas para los españoles; los que no

morian peleando iban a sepultarse, por huir, en las aguas del río. Salazar apresura el pasaje a fin de auxiliar pronto a su tropa deshecha, mas las sogas se cortan, las balsas se vuelcan i los soldados caen en pelotones a la corriente, donde encuentran una muerte segura. La jornada costaba a los españoles la pérdida de un sarjento mayor, cuatro capitanes, varios oficiales, cien soldados i como doscientos indios amigos. Hondamente impresionado Salazar con este desastre, dió la vuelta a la línea del Biobío, sin prestigio i con su tropa desmoralizada por el pánico.

Para acallar el descontento i las acusaciones, el gobernador lo mandó procesar, pero su esposa doña Juana Salazar se ganó a los testigos i lo indujo a deponer en favor de su hermano, con lo que lo salvó de toda responsabilidad.

El desastroso resultado de la campaña no hizo desistir a la familia Salazar de sus proyectos de improvisar una fortuna. Aconsejaron al gobernador sus cuñados i su mujer para que organizara otra espedicion contra los indios cuncos. En efecto, Acuña i Cabrera dispuso la concentracion de las fuerzas en la plaza de Nacimiento. Al comenzar el mes de febrero de 1655 se habia reunido un cuerpo de ejército de dos mil cuatrocientos hombres, de los cuales apénas la tercera parte era de españoles, siendo el resto de indios auxiliares. Mandaba esta fuerza el maestre de campo don Juan de Salazar.

Con anterioridad a la iniciacion de esta campaña, le comenaron a llegar al gobernador advertencias i noticias alarmantes, que a otro mandatario ménos débil e inepto le habrian dado que pensar. Los indios amigos se manifestaban quejosos de la frecuencia con que se les obligaba a servir i a ser la base de las operaciones militares. El jefe del fuerte de Boroa, don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, le comunicó que los indios de su jurisdiccion se sublevarian si se llevaba a cabo otra espedicion; de Chiloé, de Valdivia i otras partes le llegaban los mismos anuncios. Creyéndolos exajeraciones de los émulos de su cuñado, no suspendió los aprestos del ejército.

El 6 de febrero Salazar lo movió al sur i llegó hasta Boroa, donde se le incorporó Núñez de Pineda i Bascuñan. A los ocho días de viaje estuvo en la Mariquina.

Esta marcha fué la señal de una conflagracion formidable fraguada de antemano i sijilosamente por los indios. La disminucion de las guarniciones para acrecentar el ejército espedicionario, vino a favorecer este plan de revuelta comun a todas las tribus que se estendian del Maule al sur.

En la mañana del 14 de febrero se sublevaron todos los indios de servicio que habitaban la rejion comprendida entre el Maule i el Biobío. Se dejaron caer como una avalancha sobre las casas i las iglesias de las estancias, i las saquearon e incendiaron. Los hombres perecian al filo de sus cuchillos; las mujeres, los niños i los animales formaron su botin abundantísimo. Cuando se hartaban de sangre i de pillaje, iban a engrosar las partidas de indios rebeldes, i todos juntos corrian a asaltar los fuertes. Fuera de muchas vidas, las pérdidas materiales se calcularon en ocho millones de pesos.

El gobernador, que no daba crédito a los avisos fidedignos de una inminente rebelion jeneral, salió de Concepcion sin muestras de mucho apremio i se instaló en la plaza de Buena Esperanza, en el lugar que hoi ocupa la poblacion de Rere. El 14, que era día domingo, el gobernador habia oido misa por la mañana. Cuando ménos lo esperaba, comenzaron a llegar en tropel i ázoradamente los escapados de la matanza.

La guarnicion tomó las armas i ejecutó varias salidas de reconocimiento. Cayeron prisioneros varios indios, que los españoles mataron a estocadas i hachazos, previa confesion por cierto. Acuña i Cabrera, léjos de pensar en defender la plaza, hizo los aprestos para huir a Concepcion. Como tres mil personas de ámbos sexos, de todas edades i condiciones, se hallaban en el fuerte. Al dia siguiente, el 15, la guarnicion i los refugiados en la plaza se ponian en marcha, con lijeros equipajes, pocos de a caballo i casi todos de a pié. El padre jesuita Domingo Lázaro conducia el Santísimo con mucha uncion, para encomendar a su favor la felicidad de la marcha.

A los dos dias de una caminata lenta i trabajosa, estuvieron los fujitivos a la vista de Concepcion, cuyos habitantes salieron condolidos a su encuentro.

Como en muchas otras ocasiones, la rapacidad de los arauca-

nos tuvo vasto campo en que ejercitarse. A los pocos días que los españoles evacuaron los cuarteles de Buena Esperanza, un número considerable de indios cayó sobre ellos, saqueó el fuerte, las habitaciones de los pobladores i la iglesia de los jesuitas i redujo a escombros los edificios. Ni los ornamentos, ni los vasos del culto, ni las imágenes de los santos escaparon a la codicia de objetos tan propia del bárbaro. Con este motivo los escritores de la Compañía consignaron hechos milagrosos que debieron ser mui corridos i aceptados en su tiempo. Así, se creía que un indio había herido con su lanza un crucifijo en un costado, i que de la herida había brotado la sangre como si fuese de un vivo; la Vírjen reprendió a otro que intentaba arrancarla del altar, i como un tercero diera una bofetada a la misma imagen, el brazo se le secó instantáneamente (1).

La insurreccion se presentó amenazante i poderosa en todas partes. El fuerte de Nacimiento se vió rodeado de indios. El sarjento mayor don José de Salazar, que era su jefe, resistió los primeros asaltos al frente de mas de doscientos hombres. No atreviéndose a afrontar un asedio que podia prolongarse, resolvió emprender la retirada al norte por el rio. No había para este objeto mas que una balsa grande i dos lanchones. A pesar de los peligros que por la baja del Biobío ofrecia la navegacion, metieronse soldados, mujeres i niños en tan estrechas i frájiles embarcaciones, que comenzaron a bogar rio abajo. Cerca de cuatro mil indios seguian por las dos riberas del rio la retirada de los españoles, convertida en verdadera fuga.

Ençallando a menudo en los bajos de arena, trabajando con desesperacion para salvar esos obstáculos, lograron al fin llegar al fuerte de San Rosendo, en la confluencia del Biobío i del Laja. Como se hubiese retirado ya la guarnicion de esta defensa, el sarjento mayor se decidió a continuar por el rio hasta Concepcion. Las embarcaciones iban pesadas i habia necesidad, por lo tanto, de alijerarlas. Salazar cometió en este trance un acto de insigne cobardía, que no justifica ni el peligro en que se encontraba: mandó botar al agua armas i bagajes i abandonar

---

(1) OLIVARES, *Historia de los jesuitas*, capítulo VI.

en una orilla a las mujeres i los niños, víctimas de las atrocidades de los bárbaros.

Siguieron así el curso de la corriente. A la altura del fuerte desguarnecido de Santa Juana, los lanchones i la balsa encallaron en un bajío i a pesar de los esfuerzos desesperados de sus tripulantes, permanecieron inmóviles, como clavados en la arena. Notado por los indios este contratiempo, viniéronse de a caballo al sitio en que estaban las embarcaciones, las rodearon i trabaron un desigual i activo combate con los españoles, entre los cuales, para mayor desgracia, hizo esplosion una botija de pólvora. La derrota fué completa: los que no murieron quedaron prisioneros. Salazar, cubierto de heridas i sintiéndose morir, se arrojó al agua, donde pereció ahogado.

El mismo dia 14 de Febrero los indios de Tolten atacaron un fuerte que habia en la ribera del rio i rindieron a la guarnicion que lo defendia. Solamente escapó de esta sorpresa un oficial, que huyó en un caballo en pelo i llegó sin sombrero i aterrado a donde estaba el maestre de campo Salazar a comunicarle tan inesperada i desconsoladora nueva.

Los indios de Boroa asaltaron tambien el fuerte con estraordinario arrojo, i en la imposibilidad de vencer a la fuerza que lo resguardaba, le pusieron sitio.

Miéntras tanto, las tropas de los fuertes de Talcamávida i Colcura se replegaron a Concepcion con bastantes dificultades.

En Chillan se presentaron tambien las hordas de bárbaros envalentonadas por el éxito. El correjidor de la poblacion, capitán don Tomas de los Rios i Villalobos, se preparó para la defensa; armó la jente disponible i puso en la plazuela de San Francisco una imájen de la Vírjen, no distante de las trincheras. Los indios se lanzaron al asalto i de preferencia tiraban sus flechas contra el busto de María, sin qué se produjera ningun hecho estraordinario que diera márjen a los crédulos españoles para fantasear un milagro. La plaza quedó sitiada.

Las tribus de la costa ejecutaron asimismo un movimiento ofensivo contra las fortalezas de Arauco. Su guarnicion, con escasos víveres i distante de los centros de proteccion, se vió cercada por todos lados.

La noticia de un levantamiento jeneral hizo el efecto de un terremoto en Concepcion. Los indios de las comarcas inmediatas se levantaron en masa, recorrieron los campos vecinos, destruyendo cuanto hallaban a su paso i tomando prisioneros con igual osadía a los de las demas comarcas; los habitantes de los campos corrieron a resguardarse en la plaza de armas i las casas contiguas.

Ante un estado de cosas por todo extremo desfavorable, el pueblo se amotinó en Concepcion. Censuró primero amargamente la conducta de los Salazares i de Acuña, i en seguida se presentó armado a la habitacion del último, a los gritos de «¡viva el rei! ¡muera el mal gobernador!» Apénas éste tuvo tiempo de huir al interior de la casa i de ahí a la iglesia de los jesuitas. Perseguido por los del tumulto, vino a este mismo convento a buscar asilo, su cuñado el clérigo Salazar, i el oidor de la real audiencia don Juan de la Huerta Gutiérrez, accidentalmente en Concepcion, se refugió entre los padres de San Juan de Dios. Los capitulares i vecinos de la ciudad, reunidos en asamblea pública, enarbolaron el estandarte real i proclamaron gobernador a don Francisco de la Fuente Villalobos. Presentáronse algunos frailes a calmar los ánimos i los jesuitas indujeron al inepto Acuña a que dimitiera el mando para que cesara el peligro de la pérdida de su vida.

El proclamado recibió con desgano la designacion, tanto por razones morales cuanto por cierto malestar corporal que lo aquejaba en su edad avanzada; hubo de ceder ante las exigencias del pueblo i el buen servicio de su rei. Dictó algunas medidas militares, comunicó a la audiencia de Santiago los acontecimientos i entró en proposiciones de arreglo con los indios; lo que, sobre no dar el efecto que deseaba, le valió ardientes acusaciones de sus capitanes.

Cuando en Santiago se tuvieron noticias exactas de todo lo sucedido, el cabildo despachó como emisario al Perú a don Juan Rodulfo de Lisperguer i Solórzano para que solicitase los auxilios del caso; al propio tiempo se organizaron una junta de guerra con militares caracterizados i un cuerpo armado que salió a resguardar la línea del rio Maule. La audiencia mandó enarbo-

lar el estandarte real, que significaba declarar en peligro la ciudad i llamar a las armas a todos los vecinos. En la tarde del 1.º de Marzo, con la asistencia de los habitantes i de la tropa de infantería i caballería, se izó en una esquina de la plaza de armas la insignia real. Dos miembros del cabildo se iban turnando para hacerle la guardia de honor.

El día 2 de marzo llegó una noticia que produjo mas asombro que el mismo levantamiento de los indios: la deposicion del gobernador Acuña. Bien que esa medida era justificada en el fondo, importaba un desacato contra la autoridad del rei. La audiencia, despues de dos reuniones i debates mui detenidos, mandó reponerlo en el mando i amonestar al veedor de la Fuente Villalobos, tanto por haber aceptado el poder de una asamblea que se abrogaba un derecho que no tenia, cuanto por haber entrado en negociaciones con indios que solo merecian el mas ejemplar castigo.

Acuña se alentó en Concepcion con lo resuelto por la audiencia, pidió autorizacion a este tribunal para trasladarse a Santiago i nombró de jefe superior de las fuerzas de la frontera al maestre de campo Fernández Rebolledo, militar escepcionalmente aguerrido. La actitud de Acuña en cierta manera ya no iba a levantar protestas, porque en los vaivenes de la opinion pública suelen olvidarse los errores de unos para concretarse a los últimos de otros. Todos los militares, incluso el maestre de campo, estaban contra el gobernador revolucionario por no haber adoptado un sistema de accion ofensiva contra los indios, en vez del de agasajarlos i entrar con ellos en tratos amistosos, enteramente negativos en la situacion actual.

Miéntras tanto las indiadas no cedían en algunas zonas. En Chillan estrecharon el cerco de la plaza i encerraron en un recinto estrecho de palizadas a sus defensores, quienes, enterrando ántes los santos para evitar sacrilejios, tuvieron que escaparse al fin en direcccion a la línea del Maule. En Arauco flaqueaba el ánimo de los soldados, se concluian los víveres i todo hacia presentir un desenlace funesto, si no llegaban los auxilios indispensables.

Al recibir el maestre de campo don Juan de Salazar la noticia.

del levantamiento que le trajeron los fugados de los fuertes de Tolten i Boroá, se acobardó por completo, juzgó inútil todo esfuerzo i resistencia i se dispuso a continuar su marcha a Valdivia con la presteza que fuera dable. En vano le hizo ver el capitán don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan la conveniencia de contramarchar a Boroa para socorrer esta plaza e intentar un cambio en la situacion del norte. Su resolucion, como nacida del miedo, era inquebrantable: mandó demoler los fuertes de la Mariquina i de las Cruces, degollar una numerosa caballada de repuesto i seguir a la columna su movimiento de avance. En Valdivia habia dos buques anclados; Salazar los ocupó con 360 hombres i navegó para Concepcion.

Sirvió esta jente al maestre de campo Fernández Rebolledo para mejorar un tanto la situacion. Doscientos hombres partieron por mar bajo las órdenes del capitán Antonio Buitron a libertar a los sitiados de Arauco. Deshechas las indiadas, el jefe de la fuerza, como se le habia mandado, evacuó la plaza. En los contornos de Concepcion sufrieron los bárbaros un reves mas serio. El capitán Núñez de Pineda i Bascuñan, al frente de doscientos hombres, los derrotó en un encuentro i los empujó fuera de las comarcas contiguas a la poblacion.

Como habia sucedido en otras sublevaciones, las primeras ventajas de los indios no produjeron los efectos ulteriores que debian; aunque esta vez obraron con mas simultaneidad, no ejecutaron una persecucion enérgica contra las fuerzas que abandonaban los fuertes, por entregarse al saqueo i reparto del botin. Su plan de campaña, si así pudiera llamarse a un convenio de levantamiento en un día fijo i en distintos lugares, no tuvo la duracion que los sucesos imponen a estas operaciones estratégicas. Hechas las matanzas i recojido el botin, se retiraban a sus tribus a disfrutar del triunfo i a embriagarse.

La real audiencia no habia omitido medio para conjurar el peligro i tomar medidas conducentes a poner atajo al levantamiento. Entre otras, dió orden para que se dejara salir de Concepcion sin obstáculo de ningun jénero al gobernador Acuña i para que se remitiera en clase de reo al veedor Francisco de la Fuente Villalobos.

La llegada del invierno, que ponía término a las hostilidades, dió tiempo a los españoles para recobrar la tranquilidad i para reponerse de las pérdidas materiales que habian experimentado. El gobernador Acuña se encaminó a Santiago, donde salieron a recibirlo dos miembros del cabildo únicamente.

A fines de marzo llegaron tambien a la línea del Maue los moradores de Chillan, quienes, cuidados por cincuenta hombres de la guarnicion, habian hecho un viaje penosísimo. A los sacrificios de la marcha se juntó una epidemia de viruelas que estalló entre ellos. Para impedir el contagio, la audiencia amenazó con la pena capital a la persona procedente de Chillan que avanzara mas al norte de aquel rio.

Hasta en Santiago temieron las autoridades un levantamiento de los indios pacíficos de la jurisdiccion. Para inquirir la verdad de ciertas especies que se susurraban, se sometió a tormento a muchos indios. De las investigaciones resultaron sospechosos dos indíjenas de Melipilla, a los que se ahorcó en la plaza de armas de Santiago. Sus cabezas se espusieron en sus tierras para terror de los demas.

Miéntas tanto el procurador enviado a Lima por el cabildo de Santiago, don Juan Rodulfo Lisperguer, impuso al virrei don Luis Enríquez de Guzman de lo que habia pasado en Chile. Desde el primer momento la responsabilidad se cargó a la ineptitud de Acuña i a la codicia de los Salazares. Por lo tanto, «en diferentes juntas jenerales de oidores, alcaldes de corte, contadores del tribunal de cuentas i oficiales reales» se acordó que debia hacerse comparecer al gobernador Acuña i a sus cuñados i que se proveyese la gobernacion del reino en «persona independiente, de celo, letras i entereza» (1).

Miéntas se buscaba con atencion esa persona, el virrei despachó para Chile un buque con víveres i municiones. En la misma nave envió oficios a don Antonio Acuña para que se trasladara al Perú en la primera embarcacion que saliese i a la

---

(1) Carta del virrei al monarca, citada por el señor Barros Arana, tomo IV, página 491.

audiencia para que atendiera al cumplimiento de esta orden i tomara provisionalmente la direccion del gobierno.

Cuando se impuso el gobernador de estas comunicaciones, se negó a obedecer al virrei, en atencion a que su gobierno se derivaba de un mandato real i desatendió los requerimientos de la audiencia.

Llegaron a temerse nuevos trastornos en Concepcion por la malquerencia contra el gobernador que aun dominaba a muchos individuos. El cabildo de Santiago para conjurar esta amenaza, acordó, a indicacion del rejidor don Martin Ruiz de Gamboa, que se hiciera en la Catedral un novenario de misas i que a su conclusion, los capitulares se confesaran i comulgasen. Aprobada la indicacion, la autoridad eclesiástica, para darle mayor importancia, publicó un jubileo de cuarenta horas (1).

El virrei Enriquez vió en la negativa de Acuña para trasladarse al Perú un desacato a sus prerrogativas i se dispuso a tomar medidas enérgicas i perentorias. Se decidió, pues, ateniéndose a la opinion de sus consejeros, a nombrar para el gobierno de Chile a alguna persona de rectitud i méritos reconocidos que lo hiciera respetar. Recayó esta designacion en el almirante Pedro Pórter de Casanate.

Le entregó una columna de 376 soldados, le asignó una subvencion extraordinaria de diez mil pesos i le nombró de asesor judicial, para que sustanciara los procesos respectivos, a don Alvaro de Ibarra, ex-inquisidor apostólico en Lima i en esa época oidor de la audiencia. Despues de mes i medio de navegacion, Pórter de Casanate desembarcaba en Concepcion el 1.º de enero de 1656.

Acuña se hallaba en esta ciudad. Talvez sus íntimos i sus deudos le aconsejaron resistir, pero no se atrevió a promover un conflicto armado i se resignó a perder el gobierno. Estando reunidos el Cabildo i algunos jefes del ejército, Pórter de Casanate asumió el mando. Sin demora alguna Ibarra inició tres sumarios contra Acuña, los Salazares i los promotores del motin de Con-

---

(1) AMUNÁTEGUI, *Los precursores*, tomo II.

cepcion. Aunque en esta ciudad sus tramitaciones judiciales encontraron obstáculos, como la negativa de los testigos para declarar, i aunque en Santiago la audiencia le negaba las atribuciones que le habia conferido el virrei, se impuso al fin con el apoyo del gobernador i remitió a Lima a los cuatro cabecillas que depusieron a Acuña, que eran el veedor jeneral Francisco de la Fuente Villalobos, el correjidor Francisco Gaete, el rejidor Juan Barba i el maestre de campo José Cerdan.

Se continuó la tramitacion de estos procesos en Lima, i al cabo de una prision de mas de cuatro años, los tres últimos reos fueron indultados; en cuanto a Fuentes Villalobos, habia dejado de existir a poco de haber llegado a la capital del virreinato.

Acuña, a insinuaciones de su reemplazante, se habia trasladado a Lima, donde se le dió su casa por cárcel. Su cuñado Juan de Salazar, conducido en calidad de reo, habia sido colocado en un presidio comun. La opinion pública se manifestaba mas benigna con el primero, a quien se creia inconsciente e irresoluto, que con el segundo, causante de las desgracias que se lamentaban. Por esta impopularidad de su causa i por la seguridad que tenia de que la tramitacion, lenta i engorrosa en aquellos tiempos, se prolongara demasiado, se resolvió a fugarse. Cohechó al alcaide i huyó ocultamente a España. Inútiles fueron las diligencias del virrei para hallarlo.

En septiembre de 1658 los espedientes sobre el levantamiento, once por todos con 13,363 fojas, estaban concluidos i se remitieron a España para que el consejo de Indias fallara en segunda instancia.

La familia de Acuña movió influencias poderosas para los que tenian que entender en este negocio; él abrigó por esta circunstancia en el Perú la absoluta seguridad de que seria absuelto. En efecto, en julio de 1660 Felipe II espedia una real cédula en que, previo el dictámen del consejo de Indias, resolvía en definitiva el proceso de esta manera: por haber cumplido Acuña su período de ocho años, le daba por nombrado un sucesor i prevenia al virrei que se abstuviera en lo sucesivo de remover a los gobernadores que tenian nombramiento del rei; Acuña no quedaba ademas inhabilitado para los negocios de gobierno

i podia hacer uso de su derecho para reclamar indemnizacion de perjuicios.

Esta resolucion que no condenaba esplicitamente la conducta del gobernador procesado, era un golpe para el íntegro virrei del Perú. La muerte de Acuña acaecida en Lima algunos meses despues de pronunciado este fallo, vino a poner término a la parte judicial del acontecimiento mas ruidoso del siglo XVII (1).

Desde el primer momento de su llegada, Pórter de Casanate se empeñó en dominar por completo el alzamiento. Quiso limpiar primero de indios rebeldes los contornos de Concepcion i ordenó con este objeto algunas correrías. No contento con esto, salió él mismo a campaña con el grueso de su ejército. En un lugar llamado Conuco, un poco al sur de la villa de Rafael en el actual departamento de Coelemu, lo esperaban densos grupos de indígenas, a los que batió en obstinados encuentros. Hizo en el mismo sitio un fuerte que tuvo la denominacion de San Fabian i, continuando su marcha, recorrió las cercanías de Itata. A su regreso a Concepcion, echó las bases de otro fuerte en Chepe, entre los rios Andalien i Biobío, i lo dotó con una guarnicion de cuatrocientos hombres.

Asegurada la paz en el norte, era menester correrse al sur para prestar auxilio a los establecimientos españoles amenazados por los indios. Habiendo consultado a sus capitanes acerca del plan de operaciones que convendria adoptar, estuvieron todos contestes en el parecer de avanzar en socorro de la plaza de Boroa. Como por la escasez de sus tropas no podia dejar desguarnecidos los fuertes que iban a quedar a espaldas de la fuerza expedicionaria, pidió su concurso al cabildo de Santiago, el cual acordó que se movilizaran los milicianos de la ciudad.

La insuficiencia de caballos fué causa de que la infantería constituyera casi la totalidad de la tropa, 700 hombres, i de que los jinetes fuesen pocos. El mando en jefe lo tomó el maestre de campo don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, quien llevaba como segundo a don Ignacio de la Carrera. Al finalizar el mes de febrero de 1656, la division se movia al interior, mién-

---

(1) AMUNÁTEGUI, *Precursores*, tomo II.

tras que en Santiago i Concepcion se principiaban rogativas en las iglesias por el buen resultado de la empresa.

En dos combates sucesivos, uno en las orillas del Laja i otro en los Sauces, al sur de Angol, Núñez de Pineda arrolló a los indios, que habian creído resistir con facilidad. Proseguió su marcha hasta llegar a Boroa; a su aproximacion, los sitiadores del fuerte se dispersaron a sus tribus.

Los sitiados se hallaban en una situacion desesperante. A principios de 1655 habia penetrado al continente el correjidor de Chiloé, don Cosme Cisternas, a la cabeza de ciento cincuenta hombres, para maniobrar combinadamente con don Juan de Salazar contra los indios cuncos. Aunque avanzó hácia el norte abriéndose paso entre los pelotones de bárbaros rebeldes, tuvo que contramarchar al sur por no haber podido reunirse con la division del norte. Esta circunstancia i la de haber salido parte de la guarnicion con la columna de Salazar, dejó espuesto al destacamento del fuerte a un fracaso i lo redujo a cien hombres, número insuficiente para contener a las indiadas mas crecidas i belicosas.

Desde el dia en que la lucha tomó un aspecto funesto para los españoles en todo el territorio de Arauco, los indios acorralaron el fuerte. Dirijia la guarnicion el capitan Miguel de Aguiar, militar del temple antiguo, de los que desafiaban con el corazon lijero a la muerte i no se doblegaban a las dificultades de ningun obstáculo. Arrojó fuera del fuerte a los indios amigos, redujo sus dimensiones para facilitar la defensa, cubrió los techos pajizos con cueros para evitar incendios, logró comunicarse con Valdivia i recibir auxilios i hasta indujo a los indios a que le vendieran provisiones, arbitrio que lo salvó de la muerte por hambre, i los puso a raya con dos cañones cada vez que lo atacaban. Los frailes jesuitas tocaban todos los recursos relijiosos para mantener el valor de los soldados.

Núñez de Pineda socorrió, pues, a la estenuada fuerza de Aguiar i quemando previamente el cuartel, volvió a Concepcion en marzo de 1656. Celebróse en todo el pais esta espedicion como una victoria importante i sobre todo como una señalada proteccion del cielo.

Terminada esta campaña, Pórter de Casanate se trasladaba a Santiago a reunir elementos para continuar la guerra, sin sospechar que dejaba tras de sí una hoguera. En efecto, un mestizo llamado Alejo, hombre bajo i grosero, es cierto, pero mui conoedor de la lengua indijena, dotado de mucha intelijencia i de rara habilidad en el manejo de las armas i en el arte de los combates. Sus hazañas contra los araucanos, que le habian granjeado cierta reputacion, lo impulsaron a pedir un ascenso de oficial, peticion que fué recibida por los españoles con el mas solemne desprecio. Alejo se pasó al campo de sus enemigos del dia anterior i juntándolos con gran actividad, los adiestró i movilizó.

Pórter de Casanate regresó apresuradamente a Concepcion al frente de algunos encomenderos. Encontró en esta ciudad un refuerzo llegado del Perú. Formó con toda presteza dos divisiones. Una mandada por el capitan Martin de Erízar o Erice, i otra por don Ignacio de la Carrera. La de Erízar se movió hácia los alrededores de Conuco, i la segunda hácia la rejion de la costa, la cual recorrió hasta Tucapel, cruzó las sierras de Nahuelvuta i cayó sobre las ciénagas de Puren, arrasándolo todo a su paso.

Alejo no sé atrevió a presentarle batalla con una division de mil araucanos que tenia a sus órdenes. Esquivando un encuentro comprometente, jira al valle central, miéntras que de la Carrera operaba en la costa, atraviesa el Biobío i se presenta en las inmediaciones de Conuco. El 14 de enero de 1657 tropezó con un cuerpo de doscientos hombres en el lugar llamado Molino del Ciego, precisamente en el sitio que hoi ocupa la aldea de Rafael. Mandábalo el capitan Pedro Gallegos. Apénas tuvo tiempo para formar su tropa sobre una loma defendida por quebradas laterales. Desmontáronse los jinetes i colocaron sus caballos en un bosque de la retaguardia.

Alejo dió la señal del conflicto. Los indios se lanzaron resueltos al ataque, pero el fuego de los mosquetes detuvo su avance. Desprendió entónces una partida i la hizo maniobrar hácia la retaguardia, reforzando el ataque de frente para no llamar la atencion sobre este movimiento. Miéntras que los españoles

hacen una viva oposicion, aquel grupo llega al bosque i espanta los caballos sobre la línea española, en la que se produce el desórden. Las indiadas la rodean en este momento, la estrechan, la desalojan de sus posiciones i capturan a los pocos soldados que no han caído en la pelea. Gallegos quedó en el campo de la accion acribillado de heridas i murió a los pocos días, procesado por la derrota.

No fué éste el único fracaso. Alejo le cerró el paso en un lugar denominado Perales, a una columna de doscientos cincuenta hombres que se desprendieron del fuerte Conuco, bajo el mando del capitán Bartolomé Pérez de Villagran. Trabado el combate, muchos soldados i el mismo jefe español perecieron i los demas tomaron la fuga revueltos i deshechos hácia el fuerte.

Triunfalmente i cargado de abundante botin, Alejo continuó merodeando por las comarcas del Itata. En un lugar conocido con el nombre de Lonquen se encontró con doscientos ochenta hombres que mandaba el sarjento mayor Bartolomé Gómez Bravo i libró con ellos un importante combate, en el cual la victoria favoreció a los españoles, bien que con la pérdida de su jefe i de algunos soldados. Alejo se fugó al sur.

Manifestábanse revueltos i amenazantes hasta los indios de la isla de Santa María, separados por su situacion de las demas tribus, i los pehuenches de los valles andinos, hasta entónces ajenos a los alzamientos mayores de los araucanos. Los primeros se apoderaron de una embarcacion que ancló en una de sus caletas i redujeron a la esclavitud a sus tripulantes, i los segundos se derramaron cuando ménos se esperaba por la zona del río Maule para saquear las estancias, robar animales i tomar prisioneros.

Como si todo esto fuera poco para desanimar a los habitantes del sur, el 15 de marzo de 1657, a las siete i media de la noche sobrevino un terrible temblor de tierra que se dejó sentir con extraordinaria violencia, particularmente en la rejion comprendida entre el Maule i el Cautin. En ninguna parte quedó edificio en pié: en Concepcion, a los estragos del temblor se agregó la salida del mar, que barrió con todo i causó muchas víctimas; la ciudad quedó arruinada. Como de ordinario en esta época de

aceptacion unánime de los hechos sobrenaturales, el obispo don Dionisio Cimbron conjuró el mar i la jente creyó milagros i recurrió a las prácticas religiosas para aplacar la ira celeste (1).

Tal era el temor que habian infundido los últimos sucesos, que opiniones autorizadas, la del fiscal de la audiencia, entre otras, don Alonso de Solórzano i Velasco, estaban por la retrogradacion de la línea del Biobío al Maule. Pero mientras que se discutia este proyecto i se daba cuenta de él al monarca, el gobernador no cesaba en su empeño de poner en buen pié de defensa la frontera i en empujar a los indios hácia la márjen izquierda del Biobío.

No finalizaba el año de 1657 cuando hacia una entrada al territorio rebelado. Atravesó la gran corriente i rechazó a los indios que quisieron detenerlo, destruyó sus habitaciones i rescató a veinte cautivos españoles. En el mes de enero de 1658 volvia a Concepcion en medio de los aplausos que en todas partes le tributaban por esta jornada, a la que se dió una importancia que no tenia.

Habiéndose ocupado primero en obras de fortificacion que resguardasen convenientemente el norte del Biobío, a principios de 1660 cruzaba este rio i partia en busca del mestizo Alejo. No dió esta campaña el resultado que esperaba su iniciador.

A contar desde el otoño de este año, el gobernador comenzó a experimentar una serie de descalabros, inevitables por las circunstancias que el levantamiento jeneral habia creado i ruinosos a su reputacion militar.

Los indios hicieron una segunda irrupcion por la cordillera a las comarcas del Maule, ejerciendo sus consiguientes robos i actos vandálicos. El capitan Juan de Barrera, que salió desde el fuerte de Conuco a libertar a estos lugares de la presencia de los araucanos, fué derrotado con pérdida de una veintena de soldados, i él mismo pereció en la accion.

La viruela se declaró en el ejército español i raleó sus filas, por la muerte de unos i la enfermedad de otros, a pesar de que

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, *Historia*, libro V, cap. XXIV.

en Santiago se habian hecho rogativas para que la epidemia no alcanzara al sur.

Ademas, un buque salido de Valparaiso con provisiones para el ejército, naufragó con toda su tripulacion ántes de llegar al término de su viaje.

Pórter de Casanate no se abatía con tan frecuentes desgracias. Pidiendo al cabildo auxilios, siempre escasos, hacia frente a las dificultades con entereza i con diligencia. Mas, iba a sufrir un golpe mui rudo, el mas violento de cuantos hasta entonces habia experimentado. El mestizo Alejo concibió el atrevido plan de llevar una sorpresa a Concepcion. Se puso en marcha hácia la ciudad tan solo con trescientos guerreros indíjenas. Ocultando cuanto pudo su presencia, atravesó el Biobío por Hualqui i se acercó a la poblacion; por mas secreta que fué su marcha no logró sustraerse a la atencion perspicaz de los indios amigos i de los españoles del fuerte de Chepe, próximo a la orilla norte del Biobío i como a dos kilómetros al oeste de la actual ciudad. En esta fortificacion habia cuatrocientos hombres bajo las órdenes del capitán Juan de Zúñiga, quien apartó con presteza doscientos i corrió al encuentro de Alejo.

Habíase situado este caudillo en unas alturas de un sitio llamado Cadeuco, a pocos kilómetros al sureste de la Florida. Llegó allí Zúñiga e imprudentemente se dejó arrastrar por las provocaciones de Alejo que le gritaba fuese a pelear con él. Mandó hacer alto a su jente, que se apercebiera para combatir i comenzara la ascension del cerro. Los guerreros de Alejo permanecieron inmóviles; mas, cuando los españoles iban a media falda, bajaron a la carrera i en apretados grupos; fué una avalancha que lo barrió todo a su paso. Siguió únicamente la mantanza a esta primera acometida. Derrotados, diezmados i en el mayor desórden, huye al fuerte de Chepe la jente de Zúñiga; éste i setenta de los suyos perdieron la vida en la lucha (1).

Con la gloria de sus triunfos militares, Alejo habia pasado a ser un jefe eminente entre los araucanos, de cuya estimacion i respeto gozaba con entera amplitud. Vivía entregado a las cos-

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, *Historia*, libro V, cap. XXII.

tumbres de los bárbaros, en particular a la embriaguez i a la pluralidad de mujeres. A menudo traía a su ruca a unas para repudiar a otras. Un día se durmió profundamente, repleto de licor. Dos de sus antiguas mujeres, celosas de otra i resentidas del mal trato que les daba su amo, lo asesinaron con un *tupo* o prendedor de plata i se fugaron al campo español; el gobernador les asignó una pensión vitalicia (1).

Estraordinario regocijo causó a los españoles la muerte de Alejo, que dejó por otro lado sin direccion a los indios. Sin embargo, un antiguo yanacona nombrado Misqui (miel), sucesor de Alejo en prestigio aunque no a su altura en talento militar, acaudillando a cerca de mil quinientos guerreros, se adelantó por el valle central en la primavera de 1661 i fué a establecerse a un paraje no distante del salto del Laja, entre este rio i su afluente del sur conocido con el nombre de Carivoro.

En la imposibilidad de salir personalmente a campaña por el malestar de su salud, Pórter de Casanate puso a disposicion del aguerrido maestre de campo Jerónimo de Molina una division de seiscientos hombres i un cuerpo auxiliar de indios allegados. Este jefe movió su columna por el valle central hasta la márjen setentrional del Laja. Por un indio yanacona que se habia separado a alguna distancia del campamento español, supo la posicion que ocupaba el cabecilla Misqui. Sin dilacion atravesó el Laja por el paso de Curanilahue, como a ocho kilómetros mas arriba de la catarata, dividió su tropa en dos secciones, una al mando del sarjento mayor Martin de Erízar i otra al del comisario Luis de Lara. La primera tenia el encargo de atacar por la retaguardia i la otra de frente. Al venir el día se verificó una embestida combinada sobre el descuidado campamento indijena. Trabóse una lucha rápida i sangrienta, en la que unos indios tuvieron que buscar salvacion en la fuga i otros arrojar al rio. Molina consiguió así una victoria completa. Seiscientos indios murieron en la sorpresa, cerca de doscientos se ahogaron i muchos quedaron prisioneros. Perseguidos tenazmente los arau-

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, *Historia*, libro VI, cap. I.—PÉREZ GARCÍA, *Historia*, tomo II, páj. 264.

canos, muchos cayeron prisioneros, contándose entre ellos el mismo Misqui, el cual fué tomado en un cerro por una partida de españoles disfrazados de indios. Condenáronle en Yumbel a la pena de la horca (1).

La última derrota indujo a los indios de la costa a solicitar la paz. Pórter de Casanate esperaba que se adhirieran las demas tribus para proceder en definitiva, pero su enfermedad de hidropesía se agravó de tal manera en Concepcion, que el 27 de febrero de 1662 lo condujo al sepulcro.

En este año i el siguiente, 1663, siendo gobernador don Anjel de Peredo, se repoblaron algunas ciudades que sirvieron para restablecer el dominio español en la rejion comprendida entre el Maule i el Biobío. Para recuperar el poder militar de la costa, pasó el Biobío, delineó calles i fuertes en el sitio denominado Lota, mas apto que Arauco para este objeto; llamó a esta poblacion Santa María de Guadalupe i la dotó de una guarnicion de 700 soldados i 150 indios amigos.

Cuando esta obra quedaba fundada, se dirijía con mas de mil soldados a Yumbel i reconstruía el nuevo fuerte de San Felipe de Austria. Levantó tambien algunos fortines en las riberas del Laja. En septiembre de 1663, los antiguos vecinos de Chillan, que desde ocho años atras residian en las comarcas vecinas al norte del Maule, salieron a reedificar la poblacion, defendidos por un destacamento de doscientos hombres.

Los indios de «las fronteras de afuera», las tribus que vivian desde el Tolten para el sur, ofrecieron la paz, atemorizados con las últimas derrotas de los araucanos i la reconstruccion de estas fortificaciones, que revelaban una fuerza incontrastable por el lado de los españoles.

Durante dos años los indios suspendieron las hostilidades; pero en 1664 habia concluido el gobierno de don Anjel de Peredo, hombre diligente, de natural dócil i sencillo, que a cada cual hablaba el idioma persuasivo de su propio interes, i que habia sabido interpretar la disposicion de los ánimos aceptando

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, *Historia*, libro VI, cap. II.

armisticios a los araucanos i reconstruyendo las ciudades i los fuertes demolidos en la última sublevacion. Habia sucedido a este mandatario otro de cualidades diametralmente opuestas, don Francisco de Meneses, revoltoso i exaltado, venal i poseido del furor de las competencias i de los atropellos, maldiciente i vulgar en sus gustos, entre los cuales se destacaban su aficion a las lidias de toros i a los ejercicios de jinete: era, en suma, un carácter díscolo, rebelde a todo impulso de lo bueno i fácil a todo extravío de lo malo.

Con éste sobrevino el desórden en el gobierno i, por consiguiente, en la direccion de la guerra, la cual creia tambien que no debia llevarse por medio de la lenidad sino a sable i bala.

Los araucanos principiaron a dejar su actitud pacífica. Un indio de servicio llamado Caniulevi se desertó del fuerte de Lota i levantó a las indiadas de la costa i condujo hasta dos mil combatientes a la cuesta Marihuenu o Villagran, punto estratégico importante que dominaba a la nueva plaza militar de Lota (1). Su comandante, don Ignacio de la Carrera, se decidió a desalojarlos de sus posiciones. Movié un destacamento en esa direccion, i en la mañana del 11 de abril de 1664 los acometié vigorosamente; en algunas horas de lucha los arrojé de las alturas con pérdida de siete hombres de sus filas i causándoles a los indios bajas de consideracion. Esta victoria salva de la ruina a la poblacion i sus campos vecinos.

Como un año pasó Meneses entregado en Santiago a sus competencias, capítulos de frailes, pasatiempos i a algunas atenciones administrativas. En la primavera de 1664 vino a preocuparse de la guerra de Arauco. Separó del mando en jefe a don Ignacio de la Carrera i nombró en su lugar a don Tomas Calderon, inferior con mucho en merecimientos i preparacion militar a aquél, pero mas sometido a su voluntad. Salió Calderon de Lota con 300 hombres i un cuerpo numeroso de indios auxiliares, se internó hasta Cayucupil e Ilicura i tomó cerca de trescientas piezas o indios para esclavos, que se vendieron como tales.

---

(1) Caniulevi, jote que corre.

En la mitad del mes de enero de 1665, abrió personalmente una campaña contra los indios de la costa. En su ejército iban incorporados trescientos hombres que habia traído de España. Tan luego como llegó a la plaza de Lota, la mandó dismantelar para reconstruir la de Arauco; al propio tiempo dispuso la ocupacion de la isla de Santa María. Trasmontó en seguida la cordillera de Nahuelvuta i fué a reedificar la plaza de Santa Juana, cuyos alrededores habian sido abandonados por los indios a su aproximacion. Pasó el Biobío en este punto i emprendió la marcha al interior. Arribó sin novedad al paraje en que habia existido el fuerte de Santa Fe, que edificó nuevamente; igual cosa hizo con el de Nacimiento, dotándolos de guarniciones i de los pertrechos necesarios. En febrero regresó a Concepcion bien convencido de que habia logrado la pacificacion total del territorio araucano.

Al comenzar el año de 1666 salió el gobernador de Santiago, donde habia residido algunos meses entregado a sus eternas e irritantes tropelias. Entre las víctimas de su saña implacable, de su monomanía de persecuciones, se encontraba el maestre de campo don Ignacio de la Carrera, que se fugó al Perú para verse libre de vejámenes i castigos. Reunió las tropas de Yumbel i Nacimiento para recorrer el interior del territorio hasta Puren, sin hallar resistencia de ningun jénero. Levantó aquí un fuerte, cuya guarnicion puso bajo el mando del capitan Luis de Lara, i volvió a Santiago a preparar el envío de emisarios a España que hiciesen su defensa ante la corte de la reina rejente María de Austria.

En 1664 habia pedido al virrei del Perú que lo pusiera en posesion del presidio de Valdivia, sometido al virreinato i administrado por un jefe especial e independiente de la autoridad del gobernador del reino. A la muerte del virrei, conde de Santistéban, en 1666, Meneses, abrogándose facultades que no tenia, incorporó aquella plaza a su jurisdiccion; pero don Baltasar Mejía, que mandaba en ella, desconoció su autoridad i dió cuenta a la audiencia de Lima, la que desaprobó la conducta de Meneses. Elevó éste su queja por la resolucion ante la corte.

En febrero de 1667 partió Meneses de Santiago hácia el sur

para abrir una tercera campaña contra los indios. Tomando los tercios de Yumbel, avanzó hasta el paraje conocido hoy con el nombre de Renaico, donde se juntan este río, llamado entonces Tolpan, i el Vergara. Quiso trasladar aquí aquella plaza con la denominación de San Carlos de Austria. Con todo, la mala condición topográfica i estratégica del lugar, lo obligó a retrotraer la ubicación de aquel fuerte a su antiguo asiento. Habiendo sobrevenido el invierno, se retiró a Santiago sin haber hecho, como en las dos ocasiones anteriores, obra de mucho aliento.

Según instrucciones que dejó para que se fundaran dos fuertes, uno en Repocura i otro en Imperial, se trabajó por el momento el primero solamente, el cual quedó defendido por un destacamento de sesenta hombres, que mandaba el capitán don Pedro Paredes. Construyóse este fuerte con anuencia i en tierras del cacique Angelupi (cara de pluma).

Era la comarca de Repocura una de las más pobladas i guerreras de Arauco. Dilatábase desde la falda oriental de la sierra de Nahuelvuta hasta más allá de la ribera izquierda del río Cholchol, i por el sur hasta la margen derecha del Cautín, frente a Maquehua. En su sección del noroeste la atraviesa el riachuelo del mismo nombre, que va a desaguar en el Cholchol, entre el pueblo de este nombre i Nueva Imperial. Las estribaciones de la cordillera Nahuelvuta que se extienden hacia el este, le dan un aspecto quebrado i montañoso (1).

Increíble parecía a los que conocían la frontera que aquí se hubiera fundado el fuerte que tanto llenaba de orgullo a Mene-ses; mas, presto los indios comarcanos iban a probarle que a esta construcción militar le faltaba toda seguridad estratégica. El 20 de mayo de este mismo año 1667 se presentó al fuerte el cacique Angelupi i finjiéndose atacado por indios enemigos, atrajo al capitán Paredes a una emboscada que le había tendido.

---

(1) Las tribus de Repocura debieron ser de las más antiguas del territorio araucano, pues hasta hace poco se veían sepulturas de piedras, que fueron anteriores a las de canoas o troncos de árboles. Hasta hace poco se veían también en esta comarca los restos de fuertes españoles.

Los sesenta soldados de la guarnicion i su jefe perecieron a manos de las hordas de Repocura.

Tan tremenda derrota sobresaltó excesivamente al ejército de la frontera. El maestre de campo Erizar corrió con un cuerpo de tropas a Repocura, adonde entró en medio del invierno con una furia mayor que la victoria alcanzada por los araucanos: ardiéron las habitaciones i los indíjenas que cayeron en poder de la soldadesca ávida de venganza, pagaron con la vida el estermio de los defensores del fuerte español. El astuto Angelupi fué aprisionado en una correría que se hizo mas tarde, durante el gobierno del marques de Navamorquende, i se le condenó al suplicio de morir atenaceado (1).

El 19 de marzo de 1668, Meneses tomaba el camino del sur para dirijir él mismo la campaña. Habia pasado por un período de activísimas persecuciones i competencias en Santiago, a propósito de un intento de asesinato contra su persona perpetrado por una de sus víctimas en el hospital de San Juan de Dios.

El mismo día que él se ponía en camino para Concepcion, llegaba a Valparaiso un sucesor que el virrei habia nombrado en su lugar, don Diego Dávila Coello i Pacheco, marques de Navamorquende. Alcanzado Meneses por agentes de sus parciales e impuesto de lo que sucedia, regresó a Santiago en medio de la exaltacion pública i para asistir al desarrollo de sucesos que no caben en el cuadro de esta historia (2).

En mayo de 1668 partió el marques de Navamorquende para Concepcion para orientarse de los negocios de la guerra. Que-dándose en la ciudad, tomó la dirección activa del ejército el maestre de campo jeneral don Ignacio de la Carrera, que habia vuelto del Perú. Dió principio este jefe a las operaciones militares, que esta vez no consistieron en batallas i movimientos ofensivos contra las tribus mas belicosas, sino en reconstrucciones de plazas fuertes. Retiró definitivamente los destacamentos de Tolpan o Renaico i el de Imperial; cambió el de Puren a otro

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, libro VI, capítulo V.

(2) FRAI JUAN DE JESUS MARÍA, *Memorias del Reino de Chile*.

sitio i levantó los de Repocura, Paicaví i Maditunco, en la ribera del Laja.

Se cierra este período de los sucesos militares que siguieron al gran levantamiento del siglo XVII, con algunos choques parciales que hubo entre los indios i los españoles en 1670, bajo el segundo interinato del octojenaro i avezado jeneral de las guerras araucanas don Diego González Montero. No pudiendo partir en persona a dirigir sus tercios del sur, como era su costumbre, por una enfermedad que lo condenaba a la inaccion, confirió el mando en jefe del ejército a su hijo don Antonio Montero.

De los fuertes de Puren i Repocura salian destacamentos a dar «malocas» a las tierras de los indios rebeldes. Las mandaba a menudo el sarjento mayor Felipe Leon. En una de estas escursiones, Leon sentó el real en un lugar llamado Chenqueco, de donde salieron partidas volantes en distintas direcciones. Los indios, que permanecian en acecho, se lanzaron sobre el desguarnecido campamento, trabando un recio combate con los pocos soldados que en él quedaron i con los que volvian al oír el ruido de la pelea. A las dos horas de batallar, los indios se retiran, no derrotados sino como vencedores. De uno i otro bando se espermentaron crecidas pérdidas, contándose entre las de los españoles un fraile mercedario, capellan de la tropa.

Andaban en este destacamento muchos voluntarios que hacian la campaña por el interes de tomar piezas o de esclavizar indios prisioneros. I lo singular es que una hermandad titulada de «Nuestra Señora de Boroa», que se habia establecido en Puren, quizás entre militares i encomenderos, les suministraba armas i caballos para partir en seguida de las utilidades del botin (1).

Las repetidas acusaciones llegadas a España contra Meneses, decidieron a la reina rejente a destituirlo i a nombrarle por reemplazante, en agosto de 1668, a don Juan Henríquez, militar meritorio que habia ilustrado su nombre con diecinueve años de servicios en la armada i en el ejército de España.

El 30 de octubre de 1670 desembarcaba en Concepcion i

---

(1) CÓRDOBA i FIGUEROA, *Historia*, libro VI, capítulo VIII.

recibido del mando, comenzaba a trabajar afanosamente. En diciembre de este año habia terminado sus aprestos i tenía reunidos 800 españoles, infantes i de caballería, i 1,500 indios amigos para entrar en campaña. Habia formado este ejército con una parte de las guarniciones de la frontera, distribuidas de esta manera:

«En la Concepcion, plaza capital, habia de infantería 165 españoles.

En el fuerte de San Pedro, de infantería, 25 españoles.

En el fuerte de Colcura, de infantería, 20 españoles.

40 indios amigos al abrigo de esta plaza.

En el tercio de Arauco, en cuatro compañías de infantería, 259, i en tres de caballería, 276: 535 españoles.

El fuerte de San Ildefonso de Arauco, 69 españoles.

La plaza de San Diego de Tucapel, 22 infantes i 73 de a caballo: 95 españoles.

El tercio de San Carlos de Austria o Yumbel, en cuatro compañías de infantería, 262, i en cinco de a caballo, 365: 627 españoles.

La ciudad de Chillan, 43 infantes i 66 de a caballo: 109 españoles.

El fuerte de San Cristóbal, de infantería, 31 españoles.

139 indios amigos al abrigo de esta plaza.

El fuerte de Madintuco, de infantería, 25 españoles.

El fuerte de San Antonio de Talcamahuida, de infantería, 41 españoles.

La plaza de San Juan, de infantería, 18 españoles.

146 indios amigos a su abrigo con sus familias.

El fuerte de Santa Fe, con su infantería, 10 españoles.

La plaza de Nacimiento, de infantería, 29 españoles.

El fuerte de Puren, 52 infantes i 130 de a caballo: 182 españoles.

La plaza de la Encarnacion en Repocura con 52 infantes i 22 de a caballo: 74 españoles.

En la isla de Chiloé, su ciudad i puerto, 52 infantes i 131 soldados de a caballo: 190 españoles.

Total de españoles: 2,270.

Total de indios: 429» (1).

Mientras que en Santiago el obispo hacia rogativas por el éxito de las armas españolas, el gobernador pasaba el Biobío i se internaba en la rejion de la costa. Los indios cosechaban entónces sus siembras de trigo i cebada i recurrieron al conocido ardid de pedir la paz. Henríquez la aceptó sin vacilacion i trasmontando la cordillera de Nahuelvuta, fué a establecerse a Angol el viejo, donde ajustó un convenio de tregua con los caciques de Repocura, Quilacura, Aillipen i Malloco o Malleco.

Motivaba esta premura en celebrar la paz con los indios una estupenda noticia que le comunicaba el gobernador de Valdivia don Pedro Montoya: la presencia en las costas vecinas de doce naves enemigas. Mandó salir con toda rapidez para esa ciudad al capitan Jorje Lorenzo de Olivar con 110 soldados. A los tres dias hizo partir ademas otro destacamento de 60 caballos lijeros.

Henríquez retrocedió a Concepcion. Supo aquí que la escuadra que se habia divisado en las costas de Valdivia, no era mas que un buque inglés que habia venido a los mares de América del Sur con fines científicos i mercantiles. El duque de York, hermano de Carlos II, habia equipado con este doble objeto dos embarcaciones, un navío de trescientas toneladas, con treinta i seis cañones i veinte marineros i una embarcacion menor, de setenta toneladas, con cuatro cañones i veinte hombres. Mandaba las dos naves John Narborough, marino de reputacion ya bien sentada por su pericia i su valor. En diciembre de 1669 salió de Inglaterra i en febrero de 1670 se halló delante de las costas patagónicas. En esta latitud perdió de vista la embarcacion menor. Sin desanimarse, continuó su viaje. El 22 de octubre penetraba al Estrecho de Magallanes i el 26 de noviembre al Pacífico. Durante su trayecto no habia cesado de hacer sondeos, levantar cartas i estudiar las costumbres de los indios, el clima i la fauna de esas rejiones. El 14 de diciembre se hallaba a la altura de Valdivia. Un cañonazo disparado del fuerte le hizo conocer la cercanía de un establecimiento español.

---

(1) CORDOVA I FIGUEROA.—ROJAS, *Apuntes de las cosas de Chile*.

Hubo entre ingleses i españoles envío de emisarios, entrevistas i visitas, pero conociendo Narborough que estos últimos le tendían pérfidamente un lazo para apoderarse de su buque, se hizo a la vela hácia el estrecho de Magallanes, que repasó en el mes de enero de 1671. Cruzó el Atlántico i fué a anclar al Támesis en junio de este mismo año.

La noticia de que una escuadra de doce naves habia penetrado al Pacífico causó en Chile i en el Perú la ajitación de otras veces. Tranquilizáronse los ánimos poco despues, cuando se supo que no era una flota sino un buque el que habia pasado al Pacífico. El gobernador de Valdivia, Pedro de Montoya, formó grande algazara con los prisioneros, sometiéndolos a encarcelacion e interrogaciones. Por último, los remitió a Concepción i de aquí Henríquez los hizo trasladar a Lima, donde el virrei, conde de Lémos, los trató con benignidad. Destituyó a Montoya por su conducta atolondrada i lo reemplazó por dou Ignacio de la Carrera. Sin embargo, las correrías i ataques de los piratas ingleses a los buques i establecimientos españoles, precipitaron, doce años despues, el virrei del Perú, don Melchor de Navarra i Rocafull, duque de la Palata, a cometer una injusticia sin escusas condenando a muerte a estos prisioneros i a un español preso con ellos por traidor. Todos murieron ahorcados en Lima, en diciembre de 1682 (1).

Miéntas tanto en las costas de Chile se mantenía la mas estricta vijilancia; en todas partes habia vijías para atisbar los horizontes del océano i la plaza de Valdivia se artilló i fortificó sólidamente. Sus gobernadores don Ignacio de la Carrera i don Francisco Núñez de Pineda i Bascuñan, dispusieron que algunas embarcaciones fueran a explorar los archipiélagos australes para saber a punto fijo si los ingleses habian pasado el estrecho.

En 1674 hubo una alarma ruidosa. El correjidor de Chiloé don José de Várgas, supo de unos indios apresados en el archipiélago de los Chonos que los ingleses fundaban establecimientos en esas latitudes. Enviados estos indíjenas al gobernador de

---

(1) BARROS ARANA *Historia*, tomo V, capítulo XIX.

Chile, los remitió éste al Perú para que informaran personalmente al virrei. La alarma fué inmensa: interrumpióse el comercio, comenzaron las rogativas i se llamó a las armas a todos los hombres capaces de cargarlas. Salió por último para los mares del sur una flotilla compuesta de un navío i dos barcos menores, mandados por el capitán don Antonio de Veá. Esperimentando peligros innumerables i naufragios, Veá i su segundo Pascual de Iriarte llegaron, respectivamente, hasta la latitud de 49° 15, i 52° sin hallar indicio alguno de la presencia de los ingleses. El 19 de abril de 1676 entraban de regreso al Callao, en medio de un regocijo jeneral. Habia sido una impostura de uno de los indios, al cual se le condenó a trabajos forzados a perpetuidad i doscientos azotes (1).

Las atenciones civiles i de los corsarios no apartaron las miradas del gobernador de la guerra de fronteras, tanto mas cuanto los indios daban señales de querer quebrantar el convenio de paz celebrado hacia poco. En efecto, el cacique Aillacuriche (nueve negros), de la tribu de Viluco en Puren, hijo de indio i de mulata, convocó a su jente para entrar en accion. El gobernador abrió tambien por su lado las hostilidades i en enero de 1672 penetró al territorio indíjena i llevó la guerra a las comarcas de Aillipen i Chanquel, donde apresó como cuatrocientos esclavos.

Iniciáronse desde esta fecha correrías sucesivas a las tierras de los indios. Partian estas escursiones de la plaza de Repocura, guarnecida por seiscientos soldados que mandaba el teniente jeneral de caballería don Alonso Córdoba i Figueroa, padre del historiador del mismo apellido.

Entre las diversas partidas que se organizaron para «maloquear» las tribus cercanas, una se encomendó a los capitanes Fabian de la Vega i Juan Ansotegui contra las reducciones de Maquehua, «que tendrá mas de treinta leguas de estension, mui poblada i montuosa i de las mas rebeldes del reino, i aunque sus naturales habian cegado las sendas que conducian donde ellos estaban, como habia buenos prácticos, dieron con ellos con sus

---

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo V.

quinientos cincuenta hombres e indios. Erá la media noche i luna llena, i así corriendo los valles i con perros rastrearon los que estaban en las selvas, i con solo la pérdida de cuatro hombres, regresaron con doscientas personas prisioneras de ambos sexos, cien caballos i algunas vacas, habiendo dado al fuego sus casas, muebles i sementeras» (1).

Para escapar a esta persecucion mortífera i sostenida por varios años, los indios de Maquehua, Boroa i otras comarcas emigraban con sus familias i ganados a los valles andinos i del otro lado de la cordillera, es decir, a la tierra de los pehuenches, los cuales, a pretesto de pagarse del arriendo de sus terrenos, les arrebatában sus ganados i hasta las mujeres (2). Se deriva de esta emigracion la union de razas que desde ese siglo se ha observado entre los araucanos de las pampas argentinas i los que residian entre los rios Cautin i Tolten. Este mismo hecho demuestra igualmente que la poblacion indíjena del lado oriental de los Andes fué formada i acrecentada por irrupciones periódicas i parciales de la raza araucana de Chile, que, estendiéndose desde el mar a las estribaciones del levante de la sierra de Nahuelvuta i parajes del valle central, traspasó la cordillera real i se derramó por las estepas que se dilatan hasta el océano Atlántico.

A pesar de que Aillacuriche poseia dotes militares de primera clase, Córdoba i Figueroa entró de sorpresa a su tribu. Mientras que el jefe español desolaba cuanto tenia a su alcance i tomaba prisioneros, el caudillo araucano le tendia una emboscada, con la cual fué a chocar a su vuelta. La pelea se sostuvo con porfia de ambos lados, pero al fin huyó Aillacuriche i Córdoba i Figueroa continuó su camino a Repocura con 220 cautivos.

Otro cabecilla que se llamaba Rucañaquin (rucarraqui, casa de la bandurria), de Rucachoroi, en Imperial, se atrincheró en un cerro. Ahí fué a desalojarlo el comisario de naciones Fabian de la Vega. Aunque los indios lo recibieron disparándole sus armas

---

(1) CÓRDOVA I FIGUEROA, libro VI, cap. VIII.—PÉREZ GARCÍA, *Historia*, tomo II, páj. 301.

(2) CÓRDOVA I FIGUEROA, libro VI, cap. X.

i lanzándole piedras que echaban a rodar por las faldas, concluyeron por hacer las paces.

El mas formal de esta serie de alzamientos aislados que tuvo que sofocar la guarnicion de Repocura, fué el que provocó el cacique Repiman (cóndor que vomita) ayudado por un mestizo que se llamaba Miguel Garrido, que mantenía relaciones con una india i cuidaba una hacienda que los jesuitas poseian en la mision de Puren. El alzamiento estalló de repente; los indios recorrieron las inmediaciones de las plazas de Puren i Repocura; cuarenta españoles perecieron en la sorpresa. Córdoba i Figueroa sacó de la última 200 soldados i corrió en auxilio de la segunda. Repiman i Garrido lo esperaban con un cuerpo como de dos mil indios en posiciones ventajosas. Aunque el teniente jeneral conocia el peligro de romper esa division araucana, animando a su tropa, avanza al sitio que defendian los pureninos, mas al acercarse a él, ve con asombro que sus defensores lo habian abandonado, dejando hasta la carne que tenian en punto de comer. Atribuyeron los españoles a milagro esta retirada inexplicable. Cuenta el historiador, hijo del actor principal de esta jornada, que un indio montado en un brioso caballo i perfectamente armado, se presentó a los araucanos i les habló en estos términos: «Estais esperando a los castellanos; pues sabed que tendreis con ellos un feroz encuentro, como lo podreis conocer con la confianza como vienen sabiendo que estais en este paso, i desde luego el logro que sacareis será muerte i heridas, i por fin un estrago. I, entre tanto, la jente de Boroa, Virquen, Quechereguas i otros, viene a llevarse la vacada de Puren, la caballada del potrerillo i la remonta que se espera de Yumbel. De suerte que si no vais a su defensa, ellos tendrán el logro i quedarán ricos, i vosotros quedareis con muchas lanzadas i pobres» (1). Tan luego como los indios oyerou esta arenga, levantaron su campamento i desaparecieron.

El gobernador comenzó a preparar una espedicion contra estos indios, los cuales, sabedores de los preparativos, solicita-

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, libro VI, cap. X.

ron la paz. La otorgó aquel funcionario a condicion de que fuesen los caciques a celebrarla a Concepcion i entregasen al traidor Garrido. Recomendó ademas a Córdoba i Figueroa que se manejase de manera que concurrieran tambien a la junta Aillacuriche i Rapiman. Todo salió conforme a los deseos del gobernador. Entregado Garrido, pagó sus crímenes en la horca, pena que sufrió tambien Aillacuriche, que asistió a la conferencia con todo recelo. A Rapiman, que no concurrió, se le halló oculto en un bosque i se le condenó asimismo a muerte (1). En marzo de 1674 quedó ajustada la paz con las tribus de las márjenes del Lumaco i del Cholchol.

Desde este año hasta 1680 no se acometieron empresas de importancia de una i otra parte. Los españoles se mantenian a la expectativa en sus fuertes i únicamente ejecutaban ligeras escaramuzas o correrias contra los grupos de indios que venian a robar animales. El gobernador Henríquez venia algunos años de Santiago a la frontera araucana a dirigir los asuntos de la guerra. En 1677 despachó para el sur un cuerpo de 176 soldados, de una columna de 200 que el rei habia mandado a Chile por la via de Buenos Aires. La presencia de esta tropa tan escasa no alteró la situacion de los belijerantes.

En cambio de esta relativa paralización de las hostilidades, en el pais se debatía con mucho calor el antiguo negocio de la esclavitud de los araucanos. Felipe IV habia ordenado por real cédula de 1665 que los indios fuesen reducidos a pueblos, a fin de que se pudiera «atender a su doctrina i enseñanza». Meneses no dió cumplimiento al mandato del monarca i el marques de Navamorquende tampoco alcanzó a solucionar la cuestion. El virrei del Perú por su parte informó a la reina gobernadora acerca de la veracidad del mal tratamiento que recibían en Chile los indios i las dificultades que ofrecía la obra de reducirlos a pueblos. Con miras evidentemente interesadas, proponíale como medio mejor de civilizacion, trasportarlos a las encomiendas del Perú, donde se les enseñaría a rezar i se les haría asistir los

---

(1) CÓRDOBA I FIGUEROA, libro VI, cap. XI.

domingos a las iglesias de la Compañía de Jesus. La reina decretó, en vista de este informe, que el gobernador formase una asamblea con los obispos de Santiago i Concepcion i los prelados de las comunidades de San Francisco, Santo Domingo i la Compañía de Jesus, para que todos acordasen lo que fuere necesario en lo tocante a la esclavitud de los indios.

En consecuencia, el gobernador Henríquez celebró en 1671 i 1672 las juntas ordenadas. La opinion de este majistrado fué categórica i resueltamente contraria al proyecto del virrei. Informó sobre todo a la corte acerca de la inutilidad para los indios de toda propaganda relijiosa, con una franqueza i lucidez de concepto raros en aquellos tiempos. Afirmaba que el estado de barbarie en que se hallaban no los hacia aptos para entender los misterios de la relijion, a la cual, sobre no comprender, detestaban de todo corazon; seria, por consiguiente, inútil trasladarlos al Perú para civilizarlos. Los encomenderos i los cabildos elevaron igualmente sus representaciones al respecto. Por fin, Cárlos II quiso llegar a una solucion definitiva e irrevocable sobre el particular, i espidió, el 12 de junio de 1679, una real cédula en que prohibia reducir a los indios a la esclavitud i mandaba que los ya esclavizados se trasportaran al Perú para que fuesen distribuidos en las encomiendas. Participacion directa en este decreto habian tenido los frailes i jesuitas interesados en el negocio.

El gobernador renovó a Cárlos II, con mayor acopio de datos, las razones que pesaban contra la medida de trasladar al Perú a los indios esclavos. Como lo apoyaran con decision las órdenes relijiosas, el monarca reconsideró su primera providencia por cédula de 19 de mayo de 1683, en la cual disponia que los indios que se sometieran en lo sucesivo no pagaran contribucion alguna por espacio de diez años. Quedaba así suprimida la venta de indios i subsistente el sistema de repartimientos (1).

En 1680 aparecieron nuevamente los filibusteros en el norte de Chile. Despues de hacer sus correrías en la costa de Darien,

---

(1) BARRIOS ARANA, *Historia*, tomo V, páj. 192.

de tomar al abordaje dos buques en Panamá i de recorrer los mares del Perú, se presentaron en un buque delante de la bahía de Coquimbo. Los mandaba el ingles Bartolomé Sharp. Desembarcaron, i dispersando las fuerzas de milicianos, se apoderaron de la Serena, de la cual estuvieron en posesion algunos dias i en seguida la incendiaron. Vueltos a los mares del norte, en setiembre de 1681, pasaban el estrecho de Magallanes i llegaban a la isla Barbada en el mes de enero de 1682 (1).

En abril de 1682 llegaba a Chile el gobernador don José de Garro que venia a suceder en el mando a Henríquez. Luego que se hubo desocupado de las primeras atenciones de su gobierno, pensó en los negocios de la guerra araucana. Trasládose a Concepcion, a donde vinieron los caciques a ofrecerle sus seguridades de sumision i a recibir los regalos de estilo. Con la promesa de paz que le dieron, penetró con su ejército hasta Puren, lugar en que celebró un parlamento con los indios indomables de estas comarcas.

Regresó en marzo de 1683 a Concepcion, i en la primavera del mismo año penetró por segunda vez hasta las ruinas de Imperial. Célebró aquí otro parlamento con las tribus de las vecindades i retrocedió a la ciudad de donde habia partido, en diciembre de 1683.

El carácter conciliador de Garro le atrajo las simpatías de los araucanos, que creyeron que con un gobernador de tal condicion podian entregarse con seguridad a una vida tranquila. No debia suceder así, no obstante, porque la aparente bondad de Garro no concordaba con sus propósitos de perfidia contra los indios. Despues de su primera campaña, propuso al virrei el plan de reunir a los araucanos en un parlamento lo mas jeneral que fuese posible, apresar en él a todos los caciques i encerrarlos en las plazas fuertes. Sus reducciones i bienes debian entregarse a los españoles. El virrei, duque de la Palata, rechazó este proyecto.

De vuelta de su segunda entrada al territorio de Arauco, insis-

---

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo V, cap. X.

tió el gobernador ante el rei sobre la aprobacion de su plan. Decia al monarca que la paz multiplicaba rápidamente la poblacion indijena i que el aumento de los 18,000 indios en estado de tomar armas que habia hasta el rio Tolten, envolvia un peligro evidente para la poblacion de Arauco, pues los caciques tenian hasta diez, doce i veinte mujeres. El rei, oyendo el dictámen de la junta de guerra de Indias, desaprobó en comunicacion de noviembre de 1686 el descabellado pensamiento de Garro, como contrario a la moral i a la relijion. En subsidio le ofrecia algun refuerzo i le encargaba que protejese las misiones de los jesuitas, que debian desempeñar un papel importantísimo en la civilizacion de los araucanos, segun el sentir de la corte.

Fija tenia el gobernador su atencion en estos graves problemas, cuando principió a circular la aterradora noticia de que los filibusteros ingleses habian llegado al Pacífico. Todo fué medidas preventivas i consternacion en Chile i en el Perú. En febrero de 1684 un buque artillado con dieciocho cañones, procedente de las costas de la provincia inglesa de Virginia, habia doblado el cabo de Hornos. Lo mandaba el criollo ingles Leon Cook, conocido ya como marino i jefe de sobresalientes dotes. Hizo rumbo directamente a la isla de Juan Fernández. En su trayecto se juntó con otra nave pirata que dirijia John Eaton; de acuerdo ámbos jefes para sus correrías por el Pacífico, tocaron en la referida isla. Tomaron rumbo de aquí a las costas del Perú i de la Nueva España o Méjico. Aumentada la escuadra con otros aventureros que se les unian hasta diez buques i cerca de mil hombres, sembraron de terror los mares del Perú, de Panamá, América Central i Méjico (1).

Aun cuando los piratas habian pasado de largo por las costas de Chile, el gobernador trabajaba preferentemente en todo aquello que fuese encaminado a prevenir invasiones i ataques futuros. Entre estas medidas hai que mencionár como la mas importante la despoblacion de la isla de la Mocha, frente del rio Tirúa, entre los 38 i 39°. Felipe III habia ordenado en 1608 que se despo-

---

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo V, capítulo XXI.

blara la isla para impedir que los piratas recalaran ahí a renovar sus víveres i a entrar en tratos con sus habitantes, pero hasta entónces nadie se preocupó de dar cumplimiento a esa orden. Garro vió que se le presentaba una magnífica oportunidad para ensayar su sistema de reunir a los indios en centros poblados, a fin de civilizarlos i entregar su direccion espiritual a los jesuitas. Despachó, en efecto, con tropa hácia la isla al maestre de campo don Jerónimo de Quiroga, quien, arribando sijilosamente, consiguió juntar a 700 naturales de todas edades i de los dos sexos i trasportarlos al continente. Estableció el gobernador a estos indios en una mision, distante como dos leguas de Concepcion, que denominó «San José de la Mocha» i puso bajo el cuidado de los jesuitas (1685). Aunque Garro era reputado por los cronistas como varon justo i de acendrado fervor relijioso, informó al rei, falseando los hechos con evidente mala fe, que la medida ésta habia producido excelentes resultados. La verdad era, entre tanto, mui distinta: los encomenderos aniquilaron a estos indios con los trabajos de sus estancias, i los vecinos de la ciudad les arrebatában sus hijos, hombres i mujeres, para servirse de ellos como esclavos. Al cabo de veintitres años solo quedaban en la mision 160 indíjenas. Por lo demas, la medida fué enteramente infructuosa, por cuanto volvieron a poblar la isla los indios que se habian ocultado i los que pasaron del continente (1).

Todas las minuciosas precauciones que tomaron las autoridades, ni impidieron los ataques de los corsarios, ni alejaron el miedo pánico que los habitantes de Chile tenian a los piratas. Dejóse ver esto último en la aparicion que hicieron en 1686 en las costas del norte del pais. El capitan Eduardo Davis, uno de los filibusteros ingleses que del mar de las Antillas habian pasado por el istmo de Darien i apresado algunas embarcaciones en Panamá, se unió con el capitan Guillermo Knight i muchos aventureros. Ambos jefes comenzaron a ejercer sus actos de piratería en las costas del virreinato del Perú con un resultado mui provechoso. En los primeros dias de mayo se dejaron ver en

---

(1) CLAUDIO GAY, *Documentos*, volúmen I, páj. 283.

los mares de Chile las tres naves que formaban su escuadrilla. El buque del capitán Knight desembarcó en Tongoi un grupo de marineros con el objeto de recojer bastimentos. El correjidor de Coquimbo despachó a combatirlos al capitán Pedro Cortes i Mendoza, nieto del heroico batallador del mismo nombre, el cual los obligó a reembarcarse matándoles tres ingleses i tomándoles un frances prisionero.

Navegaron despues de esta aventura los buques piratas hácia la isla de Juan Fernández a renovar sus provisiones i carenar sus esquifes. Convinieron aquí los dos jefes en separarse: Knight se propuso volver al mar de las Antillas por la via del Cabo de Hornos, i Davis continuar en el Pacífico sus correrías, con dos buques, sesenta ingleses i veinte franceses. Su primer objetivo fué la ciudad de la Serena. Desembarcados en Coquimbo, marcharon al pueblo en donde fueron recibidos con un nutrido fuego de arcabucería i obligados a encerrarse en el convento de Santo Domingo. Tras un largo tiroteo, incendiaron la iglesia i emprendieron la retirada, acosados por las milicias de la ciudad i con pérdida de nueve hombres. Los héroes de esta jornada fueron Pedro Cortes i Mendoza i el correjidor Francisco de Aguirre i Ribero, bisnieto del conquistador del mismo nombre. Particulares i autoridades celebraron el rechazo de los filibusteros como un triunfo brillante.

Davis se corrió entónces al sur i fué a anclar a la isla de la Mocha, a mediados de diciembre de 1686, en la que se proveyó de cuanto necesitaba, como trigo, cebada, maiz, aves domésticas i cuarenta i tres ovejas de la tierra o chilihueques (1). Volvió al norte donde continuó sus correrías hasta 1687. En este año regresó al mar de las Antillas por el cabo de Hornos, con un rico botín como fruto de sus hazañas, no sin haber pasado por segunda vez a la isla de la Mocha i tambien a la de Santa María, despobladas por los españoles i de consiguiente sin recursos. En mayo de 1688 llegaba a las colonias inglesas

---

(1) El chilihueque o hueque simplemente era una especie de llama que se estinguió a fines del siglo XVIII; tomo I de esta obra.

de América del Norte, en circunstancias que el rei de la Gran Bretaña, Jacobo II, decretaba la amnistía jeneral de los filibusteros.

Dos años mas tarde, 1689, se presentó al Pacífico otro buque ingles, pero no venia como enemigo de los españoles, sino para vender algunas mercaderías en las colonias a virtud de la alianza que existia entre España e Inglaterra contra Francia. Venia esta nave a cargo del capitan Juan Strong i traia patente del almirantazgo ingles. Cruzó el estrecho, navegó hácia el norte i el 10 de junio arribó a la isla de la Mocha, que estaba despoblada. Dirijióse en seguida a Valdivia, plaza en que se le rechazó a cañonazos. Navegó entónces para Coquimbo; hizo valer a las autoridades de la Serena las buenas relaciones de España e Inglaterra para pedirles permiso de renovar sus víveres. El correjidor lo consultó al gobernador, quien, previa una junta con la audiencia i el obispo, otorgó el permiso que solicitaba Strong con ciertas restricciones. Continuó el marino ingles su escursion por las costas del Perú, vendiendo de contrabando sus mercaderías. Al cabo de muchas peripecias allí i de regreso en las de Chile, en todas las cuales se le recibió como enemigo, dió la vuelta a Inglaterra, adonde llegó en junio de 1691. El rei de España, que se creia dueño del océano Pacífico i fiel a las ideas económicas de su época, desaprobó enérgicamente a las autoridades que no habian recibido como enemigo declarado a Strong, pues ninguna alianza autorizaba a Inglaterra para comerciar en sus colonias (1).

El 5 de enero de 1692 llegaba a Santiago el teniente jeneral de caballería, don Tomas Marin de Poveda, a suceder en el mando al presidente Garro. Tan luego como se vió libre de los agasajos del recibimiento, de las atenciones del matrimonio que contrajo en Concepcion i de los trabajos iniciales de su gobierno en el órden administrativo, se contrajo, como todos sus antecesores, a estudiar los difíciles i seculares problemas de la guerra araucana, en la que ya habia servido durante el gobierno de don Juan Henríquez.

---

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo V, cap XXI.

Como la mayor parte de los que le habian precedido en el mando, tenia su proyecto propio de reduccion, i como casi todos tambien, impracticable i de ningun valor positivo. Marin de Poveda, siguiendo las instrucciones de la fanatizada e ignorante corte de España, pensaba someter a los araucanos con la fundacion de establecimientos misionales. Con este fin reunió en parlamento a los indios en diciembre de 1692 cerca de la plaza de Yumbel. Asistieron numerosas indiadas i al presidente lo acompañaron el gobernador del obispado de Concepcion, los prelados de las órdenes relijiosas, misioneros, clérigos i dos miembros del cabildo. Propúsoseles a los indios el plan de multiplicar las misiones para su enseñanza católica i ellos lo aceptaron sin dificultad.

Mediante este convenio se fundaron las misiones de Impérial, con dos jesuitas i mil pesos de sínodo; Boroa, con dos jesuitas i mil pesos; Repocura, dos jesuitas i mil pesos; Tucapel, dos franciscanos i seiscientos cincuenta pesos; Virquen, con un clérigo i cuatrocientos pesos; Mulchen i Renaico, un clérigo i cuatrocientos pesos; Quechereguas, un clérigo i cuatrocientos pesos, i Maquehua con dos franciscanos i ochocientos pesos. Marin de Poveda dotó asimismo a algunas iglesias de ornamentos i santos que trajo del Perú, pues en el pais no habia operarios que los hicieran i pintaran con el arte que su sagrado objeto exijia.

Los sacerdotes encargados de estas misiones daban al gobernador los mas halagüenos informes del resultado que cada uno obtenia en su respectiva jurisdiccion, i este funcionario los tramitaba a la corte. Segun las estadísticas de las misiones, como en dos años se habian bautizado cerca de doce mil indios i contraido matrimonio por la iglesia mas de mil. Algunos caciques se habian conformado a vivir con una sola mujer. Concurrían muchos indíjenas a las ceremonias relijiosas i aprendían a cantar las oraciones, rezar el rosario e interrogarse sobre la doctrina. Sorpresa extraordinaria causó en Concepcion un dia que entraron varios grupos de indios i en público lucieron su habilidad en cantar i rezar oraciones.

A pesar de las ideas dominantes al respecto, los indios no

avanzaban un paso en civilización; sus costumbres permanecían estacionarias. Si se bautizaban algunos, como en épocas anteriores, era por el aliciente de los regalos, i si recitaban oraciones, lo hacían sin comprender su sentido. La acción de los misioneros, por otra parte, tenía que estar circunscrita al radio limitado de los alrededores de sus iglesias. Los oídos de la audiencia informaron negativamente al rei acerca del particular.

Si los indios no acometían a los españoles, en cambio se atacaban entre ellos mismos. Tribus sometidas de la costa acusaban de esto a otras más guerreras i de causarles muchas muertes por hechizos i venenos. El inspector superior de los indios fronterizos o comisario jeneral de naciones, capitán don Antonio Soto Pedreros, entró al interior, apresó a los titulados hechiceros i los hizo conducir al norte del Maule. Estas incidencias determinaron al gobernador a convocar otro parlamento en Concepción, que se verificó el 3 de noviembre de 1693. Se renovaron en él las mismas promesas de paz i los indios repitieron sus seguridades para los misioneros.

No obstante, los de Maquehua asesinaron al capitán español Miguel de Quiroga i «con su corazón corrieron la flecha». El comisario Pedreros salió contra ellos con un destacamento de cincuenta hombres. Al llegar al río Quepe se avistaron las dos fuerzas enemigas. Quedaron observándose a una i otra orilla del río. El cacique Millapan (león de oro), jefe de los maquehuas, provocó a Pedreros a que pasara a la orilla opuesta. Enfurecido el comisario, clavó espuelas a su caballo i se dejó caer al agua gritando: «el que fuere valiente, sígame». Aun cuando nadie lo siguió, pasó al otro lado i murió peleando con un valor admirable. Los indios habían principiado a pasar el río, pero los rechazaron los españoles, los cuales, a pesar de todo, abandonaron el campo. Sobrevino el invierno i los de Maquehua quedaron impunes (1).

Marín de Poveda que veía desvanecerse con este comienzo de

---

(1) CORDOBA I FIGUEROA, libro VI, cap. XIV.

insurreccion su sistema de sometimiento, se preparó para una campaña. Trasladóse al norte a reunir elementos i a consultar a los teólogos sobre la lejitimidad de la guerra. En octubre de 1694 se movia de Santiago al frente de las milicias. Tomando algunas partidas de las guarniciones, penetró con 1,600 soldados i 2,000 indios auxiliares por el valle central. Sin resistencia llegó hasta el lugar llamado Choquechoque, al sur de Angol entre los rios Rehue i Huequen. Los araucanos se atemorizaron en presencia de un ejército tan crecido e hicieron proposiciones de paz. Aceptólas el gobernador i ahí mismo tuvo lugar un parlamento el 15 de diciembre de 1694, a que concurrieron muchos caciques, entre ellos Millapan, que dió esplicaciones de su conducta. Marin de Poveda, acompañado de sus capitanes, jesuitas, franciscanos i clérigos, dirijió la palabra a los bárbaros por intermedio de los intérpretes para afearlos sus pasados yerros i para llamarlos a la vida de quietud i relijion. Asistieron a todo los caciques, particularmente el de Maquehua. Dió la vuelta el gobernador a Concepcion, licenció a los milicianos i dejó en sus fuertes a la tropa veterana.

No debía terminar el siglo XVII sin que las costas de Chile fueran otra vez el blanco de los piratas. En el mes de enero de 1694 apareció en la bahía de Coquimbo un buque sospechoso. En el puerto se hallaba anclado un navío español llamado *Santo Cristo*, que salió a reconocer a la nave recién llegada. Su capitán lo tomó por embarcación española i quedó tranquilo, pero en la noche los piratas se apoderaron del navío. El gobernador armó tres barcas, que hizo tripular por cincuenta hombres, i a la noche siguiente del apresamiento, dispuso el abordaje del buque enemigo. Las barcas llegaron a corta distancia i, siendo sentidas, rompieron el fuego. Los piratas no pudieron manejar el buque apresado, que recuperaron los españoles, i apenas pudieron aquellos escapar en el suyo. Armado en guerra el *Santo Cristo*, salió en busca de la embarcación de los corsarios, primero a la isla de Juan Fernández i en seguida a Valdivia, sin hallarlo en ninguna parte. En este intervalo trataron los aventureros de salir pronto al Atlántico, lo que no consiguieron tan luego por haber

encallado su buque en el estrecho. De sus restos construyeron otra embarcacion menor; miéntras que se ocupaban en este trabajo, se les huyeron doce prisioneros que tenian en su poder, los cuales llegaron a Valdivia i comunicaron esta ocurrencia. Supó- nese que el buque pirata estaria tripulado por franceses (1).

Un peligro mucho mayor amenazaba a Chile. En junio de 1695 salia de la Rochela una escuadra poderosa de seis naves, armadas de 126 cañones i tripuladas por 720 hombres. La mandaba el caballero frances de Genne. En el mes de febrero de 1696 penetraba la escuadra al estrecho de Magallanes. Vientos contrarios la obligaron a demorarse hasta abril i por último a retroceder en medio de una escasez desesperante de víveres. Hizo rumbo de Genne a las Antillas i al cabo de algunas correrías, regresó a Francia en 1697. Chile se habia salvado por casualidad de una guerra quizas desastrosa.

Sin los temores i cuidados de los piratas, Marin de Poveda se entregó de nuevo a su pensamiento dominante de reducir a los araucanos por el medio de obligarlos a vivir en agrupaciones numerosas o en centros poblados, que permitieran una vigilancia inmediata i que los pusieran en contacto con los españoles. Con este objeto fundó los pueblos de Buena Esperanza, en Rere; el de Itata, cerca del rio del mismo nombre; el de Talca i el de Chimbarongo; mas, la pobreza jeneral del reino i la falta de jente que quisiera acojerse a las nuevas poblaciones, dejaron sin efecto su fundacion.

Concluia el siglo XVII i los araucanos quedaban en condiciones mas ventajosas que en el anterior. Habian peleado todo el siglo i en esta lucha colosal, como asimismo en las epidémias que los azotaban periódicamente, una parte considerable de su poblacion habia sucumbido; pero los vacíos que estas circunstancias producian en ciertas rejiones, estaban compensados de sobra con el crecimiento de la raza en otras mas apartadas. Aun en aquéllas la poblacion se rehizo en mucho con la guerra defen-

---

(1) BARROS ARANA, *Historia*, tomo V, cap. XXII.

siva i las paces ajustadas con varios gobernadores. Habían influido directamente en favor de los araucanos las correrías en el Pacífico de los corsarios, que distraían a los poderes públicos a otro campo de acción i ocupaban en otro objeto caudales i tropas que sin esta causa se habrían empleado en la guerra de Arauco. Conservando intactos sus hábitos, alcanzando progresos reales en agricultura, en crianza de animales i en el arte de la guerra, mantenían la integridad de su territorio: eran dueños de casi toda la frontera de la costa i, fuera de los fuertes aislados e inestables de la falda oriental de Nahuelvuta, en el centro, hasta el Biobío por el norte, su poder no tenía contrapeso alguno. Antes al contrario, la raza araucana tendía a incrementarse en los valles de la cordillera i en las faldas del este de los Andes.

En cambio, la monarquía había gastado en estas guerras injentes sumas i consumido innumerables vidas. En poco más de medio siglo, solamente en el período comprendido entre 1601 i 1658, se invirtieron en la guerra araucana \$ 16.109,663 i 3 reales i se enviaron del Perú i España 9,000 soldados. El estado del ejército era deplorable por otra parte. Las correrías de los corsarios i la escasez de fondos en que se encontraba el virreinato por los auxilios de dinero que prestaba al tesoro real, habían impedido que se enviara con regularidad a Chile el situado de doscientos doce mil ducados anuales para el pago del ejército. En 1695 había cuatro subvenciones atrasadas, lo que traía el descontento i la desmoralización de la tropa. Sin vestidos ni alimentos, los soldados i las clases solicitaban permiso o se fugaban a las estancias i a los pueblos en demanda de lo que no tenían en los fuertes. Quedaban así las plazas de la frontera sin las guarniciones suficientes para abrir operaciones ofensivas contra los araucanos. El comercio i la agricultura que se beneficiaban con el situado, atravesaban también en el sur por una época muy difícil. Todo concurría, pues, en Arauco a favor de la independencia i reposición de la raza indígena.

TOMAS GUEVARA

*(Continuará)*